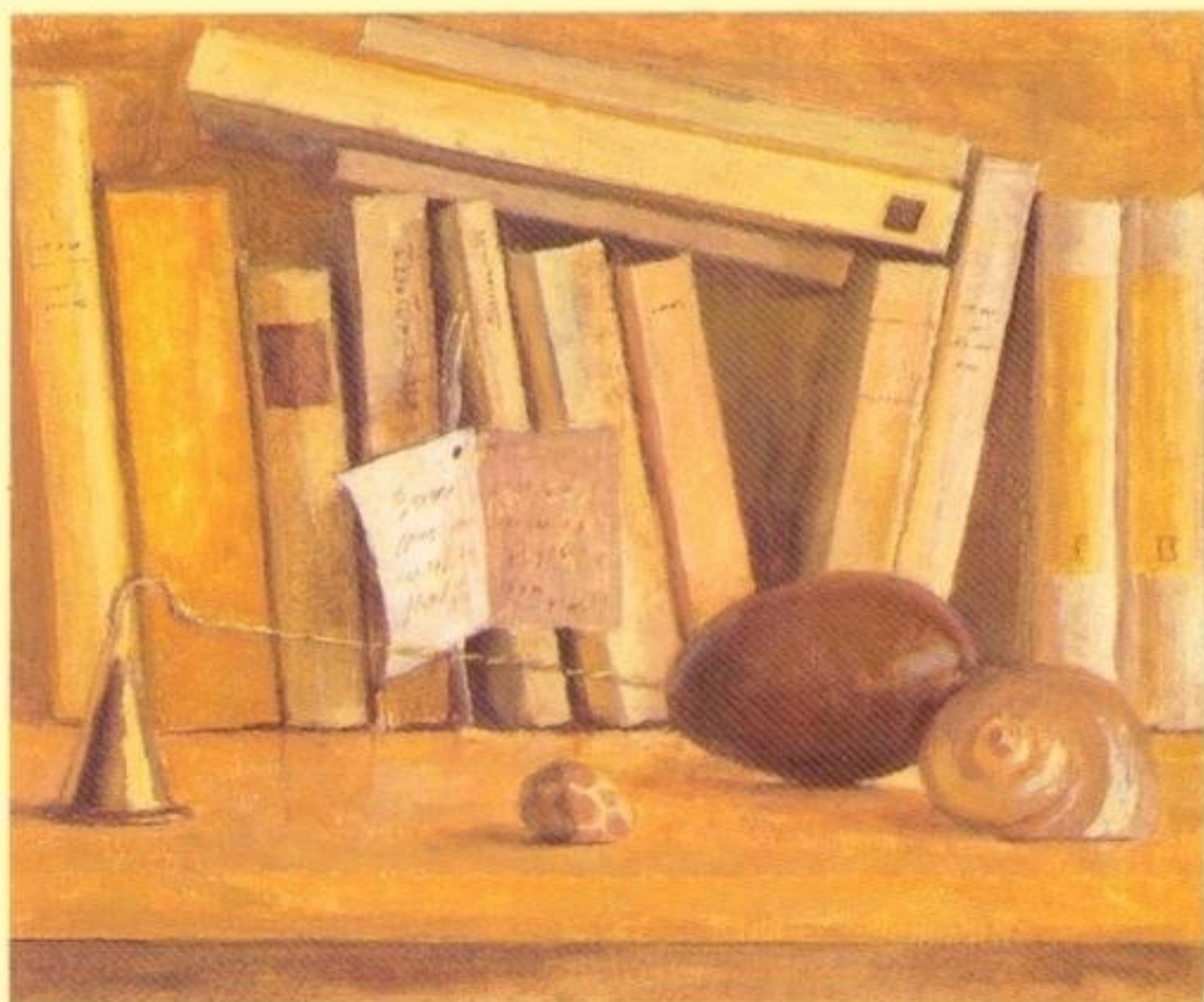


GEORGES PEREC

Las cosas



Lectulandia

Publicada originalmente en 1965, *Las cosas* obtuvo el Premio Renaudot y consagró a Georges Perec como escritor de primera fila y lúcido testigo de, en palabras de Jean Duvignaud, «la incoercible dificultad de existir en los años sesenta».

Jérôme y Sylvie, una pareja de jóvenes pequeñoburgueses que se ganan la vida realizando encuestas para empresas de publicidad, sueñan con una existencia arropada de objetos exquisitos y elegantes. De hecho viven en un apartamento diminuto e incómodo y apenas si ganan dinero para cubrir sus necesidades básicas. Naturalmente, les gustaría ser ricos: sabrían vestir, mirar y sonreír como la gente rica, tendrían su tacto y discreción, su clase... El fulgurante y despreocupado París de la época constituye una tentación irresistible: escaparates de anticuarios, tiendas de libros raros, mercados y tenderetes repletos de agradables sorpresas. La sociedad de la opulencia les seduce con los signos de una vida refinada y garante de una tradición de buen gusto: divanes Chesterfield, camisas Arrow, corbatas de Old England. Sueños de una existencia dichosa y prometedora, creados por una sociedad tentacular que fomenta expectativas artificiales en quienes no pueden satisfacerlas, que a la postre les precipitan en una encrucijada en que el tener promete el ser, en que la necesidad de belleza y perfección les lleva a alienarse de sí mismos...

Las cosas es una aguda e irónica radiografía de la sociedad de consumo y, en particular, de la mistificación del confort y de los goces ofrecidos por un mundo cuya reconfortante banalidad propone múltiples espejismos de quimeras inasequibles. Narrada con magistral sencillez y distanciamiento, *Las cosas* desmenuza los perversos mecanismos con que las cosas subyugan a los hombres y es, sin duda, una novela anticipatoria cuya riqueza de significados se ha acrecentado con el paso de los años, al tiempo que Georges Perec se ha ido consolidando indiscutiblemente como uno de los grandes novelistas franceses del siglo xx.

Lectulandia

Georges Perec

Las cosas

ePub r1.0

Titivillus 22.04.15

Título original: *Les choses*
Georges Perec, 1965
Traducción: Josep Escué

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A Denis Buffard

Incalculable are the benefits civilization has brought us, incommensurable the productive power of all classes of riches originated by the inventions and discoveries of science. Inconceivable the marvellous creations of the human sex in order to make men more happy, more free, and more perfect. Without parallel the crystalline and fecund fountains of the new life which still remains closed to the thirsty lips of the people who follow in their griping and bestial tasks.

MALCOLM LOWRY

Primera parte

1

La mirada, primero, se deslizaría por la moqueta gris de un largo pasillo, alto y estrecho. Las paredes serían armarios empotrados de madera clara, cuyos herrajes de cobre brillarían. Tres grabados, representando uno a Thunderbird, vencedor de Epsom, otro un barco de rueda, el *Ville-de-Montereau*, el tercero una locomotora de Stephenson, llevarían a un cortinaje de piel, sostenido por gruesas anillas de madera negra veteada, que un simple movimiento bastaría para correr. La moqueta, entonces, daría paso a un parquet casi amarillo, cubierto parcialmente por tres alfombras de colores apagados.

Sería una sala de estar, de unos siete metros de largo y unos tres de ancho. A la izquierda, en una especie de alcoba, un gran diván de cuero negro desgastado estaría flanqueado por dos librerías de madera clara de cerezo en las que se amontonarían libros en desorden. Sobre el diván, un portulano ocuparía toda la longitud del panel. Más allá de una mesita baja, debajo de un tapiz de oración de seda sujeto a la pared por tres clavos de cobre de cabeza gruesa, y que haría juego con el cortinaje de piel, otro diván, perpendicular al primero, tapizado de terciopelo marrón claro, conduciría a un pequeño mueble alto, lacado de color rojo oscuro, provisto de tres anaqueles que sostendrían diversos bibelots: ágatas y huevos de piedra, cajas de rapé, bomboneras, ceniceros de jade, una concha de nácar, un reloj de bolsillo de plata, un cristal tallado, una pirámide de cristal, una miniatura en un marco oval. Más lejos, después de una puerta acolchada, unos estantes superpuestos, ocupando el ángulo, contendrían álbumes y discos, al lado de un tocadiscos cerrado del que sólo se distinguirían cuatro botones de acero rayados con líneas entrecruzadas, y sobre éste, un grabado representando el *Gran desfile de la fiesta del Carrousel*. Por la ventana, provista de cortinas blancas y pardas a imitación de la tela de Jouy, se divisarían algunos árboles, un parque minúsculo, un trozo de calle. Un secreter de persiana atestado de papeles, plumieres, iría acompañado de una butaquita de rejilla. En una consolita habría un teléfono, una agenda de piel, un bloc. Luego, más allá de otra puerta, tras una librería giratoria, baja y cuadrada, rematada por un gran florero cilíndrico de decoración azul, lleno de rosas amarillas, sobre la que colgaría un espejo oblongo enmarcado de caoba, una mesa estrecha, provista de dos banquetas tapizadas de tela escocesa, llevaría de nuevo al cortinaje de piel.

Todo sería pardo, ocre, leonado, amarillo: un universo de colores algo amustiados, de tonos cuidadosa, casi preciosamente dosificados, en medio de los cuales sorprenderían algunas manchas más claras, el anaranjado casi chillón de un cojín, algunos volúmenes abigarrados perdidos entre las encuadernaciones en piel. En pleno día, la luz, entrando a chorros, daría a esta estancia un tono algo triste, a pesar de las rosas. Sería una estancia para el atardecer. Entonces, en invierno, corridas las cortinas, con algunos puntos de luz —el ángulo de las librerías, la discoteca, el secreter, la mesa baja entre los dos sofás, los vagos reflejos en el espejo— y las

grandes zonas de sombras en las que brillarían todas las cosas, la madera pulimentada, la seda densa y rica, el cristal tallado, la piel flexible, sería un puerto de paz, una tierra de felicidad.

La primera puerta daría a un dormitorio, con el suelo cubierto por una moqueta clara. Una gran cama inglesa ocuparía todo el fondo. A la derecha, a cada lado de la ventana, dos estanterías estrechas y altas contendrían algunos libros incansablemente manejados, álbumes, barajas, botes, collares, baratijas. A la izquierda, un viejo armario de roble y dos galanes de noche de madera y cobre se hallarían frente a una butaquita rechoncha tapizada con una seda gris finamente listada y un tocador. Una puerta entreabierta, que daría a un cuarto de baño, descubriría gruesos albornoces, grifos de cobre en forma de cuello de cisne, un gran espejo orientable, un par de navajas inglesas y su funda de cuero verde, frascos, cepillos con mango de cuerno, esponjas. Las paredes del dormitorio estarían tapizadas de indiana; la cama estaría cubierta con una manta escocesa. En una mesilla de noche, rematada en tres lados por una barandilla de cobre calada, habría un candelero de plata con una pantalla de seda gris muy pálida, un reloj cuadrangular, una rosa en una copa y, en la tablilla inferior, unos periódicos doblados, unas cuantas revistas. Más lejos, a los pies de la cama, habría un gran puf de cuero natural. En las ventanas, los visillos de gasa se deslizarían por varillas de cobre; las cortinas, grises, de una lana gruesa, estarían medio corridas. En la penumbra, la habitación resultaría aún clara. En la pared, por encima de la cama preparada para la noche, entre dos lamparillas alsacianas, la asombrosa fotografía, en blanco y negro, estrecha y larga, de un pájaro en pleno vuelo, sorprendería por su perfección algo formal.

La segunda puerta se abriría a un despacho. Las paredes estarían totalmente cubiertas de libros y revistas, con, aquí y allá, para romper la sucesión de las encuadernaciones en piel y en rústica, algunos grabados, dibujos, fotografías —el *San Jerónimo* de Antonello da Messina, un detalle del *Triunfo de San Jorge*, una prisión de Piranesi, un retrato de Ingres, un pequeño paisaje a pluma de Klee, una fotografía ennegrecida de Renan en su gabinete de trabajo del Collège de France, un gran almacén de Steinberg, el Melanchton de Cranach—, fijados en paneles de madera empotrados en los estantes. Un poco a la izquierda de la ventana y en posición ligeramente oblicua, una larga mesa de Lorena estaría cubierta por un gran secante rojo. Platillos de madera, largos plumieres, botes de todo tipo contendrían lápices, clips, grapas, pinzas. Un ladrillo de vidrio serviría de cenicero. Una caja redonda, de cuero negro, decorada con arabescos en oro fino, estaría llena de cigarrillos. La luz provendría de una vieja lámpara de despacho, difícilmente orientable, provista de una pantalla de opalina verde en forma de visera. A cada lado de la mesa, casi frente por

frente, habría dos sillones de madera y cuero, con altos respaldos. Más a la izquierda aún, una mesa estrecha estaría atestada de libros. Un gran sillón de piel color verde botella llevaría a unos archivadores metálicos grises, a unos ficheros de madera clara. Una tercera mesa, más pequeña aún, sostendría una lámpara sueca y una máquina de escribir cubierta con una funda de hule. Al fondo, habría una cama estrecha, cubierta de terciopelo azul de ultramar, llena de cojines de todos los colores. Un trípode de madera pintada, casi en el centro de la estancia, sostendría una esfera terrestre de alpaca y cartón piedra, ingenuamente ilustrada, falsamente antigua. Detrás del escritorio, medio oculto por la cortina roja de la ventana, un escabel de madera encerada podría deslizarse a lo largo de un riel de cobre que daría la vuelta a la estancia.

La vida, allí, sería fácil, sería simple. Todas las obligaciones, todos los problemas que implica la vida material hallarían una solución natural. Cada mañana iría una asistente. Cada quince días traerían el vino, el aceite, el azúcar. Habría una cocina espaciosa y clara, con azulejos blasonados, tres platos de loza decorados con arabescos amarillos, con reflejos metálicos, armarios por todas partes, una hermosa mesa de pino en el centro, taburetes, bancos. Sería agradable ir a sentarse allí, cada mañana, después de una ducha, apenas vestido. Habría en la mesa una gran mantequera de gres, tarros de mermelada, miel, tostadas, pomelos cortados por la mitad. Sería temprano. Sería el comienzo de un largo día de mayo.

Abrirían su correspondencia, leerían los periódicos. Encenderían un primer cigarrillo. Saldrían. Su trabajo sólo los ocuparía unas horas, por la mañana. Se encontrarían para almorzar, un bocadillo o un filete a la plancha, según su humor, se tomarían un café en una terraza, luego volverían a casa, andando, lentamente.

Rara vez estaría ordenado su piso, pero su mismo desorden constituiría su mayor atractivo. Lo cuidarían apenas: vivirían en él. La comodidad ambiente se les antojaría un hecho incontrovertible, un dato inicial, un estado de su naturaleza. Su atención se centraría en otras cosas: en el libro que abrirían, en el texto que escribirían, en el disco que escucharían, en su diálogo reanudado a diario. Trabajarían mucho tiempo. Luego cenarían o saldrían a cenar; se encontrarían con los amigos; pasearían juntos.

A veces les parecería que una vida entera podría desarrollarse armoniosamente entre aquellas paredes cubiertas de libros, entre aquellos objetos tan perfectamente domesticados que habrían acabado creyéndolos hechos para su uso único, entre aquellas cosas bellas y simples, suaves, luminosas. Pero no se sentirían atados a ellas: ciertos días, irían a la aventura. Ningún proyecto les sería imposible. No conocerían el rencor, ni la amargura, ni la envidia. Pues sus medios y sus deseos se armonizarían en todo punto, en todo tiempo. Darían a este equilibrio el nombre de dicha y, con su

libertad, su prudencia, su cultura, sabrían preservarla, descubrirla en cada instante de su vida común.

Les habría gustado ser ricos. Creían que habrían sabido serlo. Habrían sabido vestir, mirar, sonreír como la gente rica. Habrían tenido el tacto, la discreción necesarios. Habrían olvidado su riqueza, habrían sabido no exhibirla. No se habrían vanagloriado de ella. La habrían respirado. Sus placeres habrían sido intensos. Les habría gustado andar, vagar, elegir, apreciar. Les habría gustado vivir. Su vida habría sido un arte de vivir.

Estas cosas no son fáciles, al contrario. Para aquella pareja joven, que no era rica pero que deseaba serlo simplemente porque no era pobre, no existía situación más incómoda. No tenían más que lo que merecían tener. Soñando como soñaban con espacio, luz, silencio, eran devueltos a la realidad, ni siquiera tétrica, sino simplemente angosta —y era tal vez peor—, de su vivienda exigua, sus comidas diarias, sus vacaciones pobretonas. Era lo que correspondía a su situación económica, a su posición social. Era su realidad, y no tenían otra. Pero existían, al lado de ellos, en torno suyo, a lo largo de las calles por las que no podían no andar, las ofertas falaces, y sin embargo tan cálidas, de los anticuarios, los tenderos, los libreros. Desde el Palais Royal hasta Saint-Germain, desde el Champ-de-Mars hasta la Étoile, desde el Luxembourg hasta Montparnasse, desde la isla de Saint-Louis hasta el Marais, desde Les Ternes hasta la Opéra, desde la Madeleine hasta el parque Monceau, todo París era una perpetua tentación. Ansiaban sucumbir a ella, con embriaguez, enseguida y para siempre. Pero el horizonte de sus deseos estaba tenazmente cerrado; sus grandes sueños imposibles pertenecían al mundo de la utopía.

Vivían en un piso diminuto y encantador, de techo bajo, que daba a un jardín. Y acordándose de su anterior cuarto de servicio —un pasillo oscuro y estrecho, caluroso, de olores tenaces—, vivieron al principio en una especie de embriaguez, renovada cada mañana con el piar de los pájaros. Abrían las ventanas y, durante largos minutos, perfectamente felices, miraban su patio. La casa era vieja, no ruinosa aún, pero vetusta, agrietada. Los pasillos y las escaleras eran estrechos y sucios, empapados de humedad, impregnados de humos grasientos. Pero entre dos grandes árboles y cinco jardincitos minúsculos, de formas irregulares, la mayoría abandonados, pero ricos en césped ralo, flores en macetas, matorrales, incluso estatuas ingenuas, discurría una calle de gruesos adoquines irregulares, que daba al conjunto un aire campesino. Era uno de esos pocos lugares de París donde, ciertos días de otoño, después de la lluvia, subía a veces del suelo un olor, casi intenso, a bosque, a humus, a hojas podridas.

Nunca se cansaron de aquellos encantos y siempre permanecieron tan espontáneamente sensibles a ellos como en los primeros días, pero resultó evidente, tras unos meses de una alegría demasiado despreocupada, que no bastarían para

hacerles olvidar los defectos de su vivienda. Acostumbrados a vivir en habitaciones insalubres donde lo único que hacían era dormir, y a pasarse los días en cafés, necesitaron mucho tiempo para percatarse de que las funciones más triviales de la vida cotidiana —dormir, comer, leer, charlar, lavarse— exigían cada una un espacio específico, cuya ausencia notoria comenzó desde entonces a dejarse sentir. Se consolaron lo mejor que pudieron, felicitándose por la excelencia del barrio, la proximidad de la la calle Mouffetard y el Jardin des Plantes, la tranquilidad de la calle, la distinción de sus techos bajos, y el esplendor de los árboles y el patio en todas las estaciones; pero, dentro, todo empezaba a desmoronarse bajo el amontonamiento de los objetos, los muebles, los libros, los platos, los papeles, las botellas vacías. Empezaba una guerra de desgaste de la que nunca saldrían victoriosos.

Con una superficie total de treinta y cinco metros cuadrados, que nunca se atrevieron a comprobar, su piso constaba de un recibidor minúsculo, una cocina exigua, la mitad de la cual había sido transformada en baño, un dormitorio de dimensiones modestas, una habitación para todo —biblioteca, sala de estar o de trabajo, cuarto de invitados— y un espacio mal definido, entre trastero y pasillo, donde lograban tener cabida una nevera de formato pequeño, un calentador eléctrico, un ropero improvisado, una mesa en la que comían y un baúl para la ropa sucia que asimismo les servía de banco.

La falta de espacio resultaba tiránica ciertos días. Se asfixiaban. Pero aunque hicieran retroceder los límites de sus dos cuartos, derribaran paredes, inventaran pasillos, armarios empotrados, trasteros, imaginaran roperos modélicos, aunque se anexionaran en sueños los pisos contiguos, siempre acabarían encontrándose con lo suyo, lo único suyo: treinta y cinco metros cuadrados.

Claro que cabía hacer algunos arreglos juiciosos: podía desaparecer un tabique, dejando libre un amplio rincón mal utilizado, podía sustituirse ventajosamente un mueble demasiado grande, podía surgir una serie de armarios empotrados. Sin duda, sólo con que se pintara, limpiara, arreglara con amor, su vivienda hubiera sido indiscutiblemente encantadora, con su ventana de cortinas rojas y su ventana de cortinas verdes, con la larga mesa de roble, algo coja, comprada en el mercado de Les Puces, que ocupaba toda la largura de una pared, debajo de la bellísima reproducción de un portulano, y que mediante una pequeña escribanía con persiana estilo Segundo Imperio, de caoba incrustada con varillas de cobre, de las que faltaban algunas, estaba separada en dos zonas de trabajo, para Sylvie a la izquierda, para Jérôme a la derecha, cada una marcada por un mismo secante rojo, un mismo ladrillo de vidrio, un mismo bote para lápices; con su viejo tarro de vidrio engastado de estaño que había sido transformado en lámpara, con su decalitro para grano de madera delgada reforzada con metal que servía de papelera, con sus dos butacas heteróclitas, sus sillas de paja, su taburete vaquero. Y se habría desprendido del conjunto, limpio y nítido, ingenioso, un calor amigable, un ambiente simpático de trabajo, de vida en común.

Pero la mera perspectiva de las obras los asustaba. Hubieran tenido que pedir prestado, ahorrar, invertir. No se resignaban a ello. Les faltaba ánimo: sólo pensaban en términos de todo o nada. La librería sería de roble claro o no sería. No era. Los libros se apilaban en dos estantes de madera sucia, y en doble hilera, en el interior de unos armarios empotrados que nunca hubieran tenido que servir para esto. Durante tres años funcionó mal un enchufe, sin que se decidieran a llamar a un electricista, mientras corrían, por casi todas las paredes, cables con empalmes toscos y alargues feos. Necesitaron seis meses para cambiar un cordón de las cortinas. Y el menor fallo en el mantenimiento diario se traducía en veinticuatro horas en un desorden que la benéfica presencia de los árboles y los jardines tan próximos hacía más insoportable aún.

Lo provisional, el *statu quo* reinaban como dueños absolutos. Ya sólo esperaban un milagro. Habrían llamado a los arquitectos, los contratistas, los albañiles, los fontaneros, los empapeladores, los pintores. Habrían hecho un crucero y habrían hallado, a su regreso, un piso transformado, acondicionado, completamente nuevo, un piso modelo, maravillosamente agrandado, lleno de detalles a su medida, tabiques móviles, puertas correderas, un sistema de calefacción eficaz y discreto, una instalación eléctrica invisible, un mobiliario de calidad.

Pero entre estos sueños demasiado grandes, a los que se entregaban con una complacencia extraña, y la nulidad de sus acciones reales no se insertaba ningún proyecto racional, que hubiera conciliado las necesidades objetivas y sus posibilidades financieras. Los paralizaba la inmensidad de sus deseos.

Esta ausencia de simplicidad, casi de lucidez, era característica. La comodidad — sin duda esto era lo más grave— les faltaba terriblemente. No la comodidad material, objetiva, sino cierta desenvoltura, cierto relajamiento. Tenían tendencia a sentirse excitados, crispados, ávidos, casi envidiosos. Su amor al bienestar, a estar mejor, se traducía la mayor parte del tiempo en un proselitismo necio: entonces peroraban mucho rato, ellos y sus amigos, sobre la genialidad de una pipa o de una mesa baja, hacían de ellas objetos de arte, piezas de museo. Se entusiasmaban con una maleta, esas maletas minúsculas, extraordinariamente planas, de piel negra levemente granulosa, que se ven en los escaparates de las tiendas de la Madeleine y que parecen concentrar en ellas todos los placeres supuestos de los viajes relámpago, a Nueva York o a Londres. Cruzaban París para ir a ver un sillón que les habían dicho que era perfecto. Y hasta, siendo muy expertos, dudaban a veces en ponerse una prenda nueva, tan importante les parecía, para la excelencia de su aspecto, que antes se hubiera llevado tres veces. Pero los ademanes, algo sacralizados, con que se entusiasmaban ante el escaparate de una sastrería, una tienda de sombreros o de calzado, con frecuencia sólo lograban que pareciesen un poco ridículos.

Acaso estaban demasiado marcados por su pasado (y no sólo ellos, por lo demás, sino sus amigos, sus compañeros de trabajo, la gente de su edad, el mundo en que vivían inmersos). Acaso eran demasiado voraces de buenas a primeras: querían ir

demasiado deprisa. El mundo, las cosas, tendrían que haberles pertenecido desde siempre, y ellos habrían multiplicado los signos de su posesión. Pero estaban condenados a conquistarlos: podían hacerse cada vez más ricos; lo que no podían era haberlo sido siempre. Les hubiera gustado vivir en medio del confort, de la belleza. Pero sus exclamaciones, su admiración, eran la prueba más rotunda de que no era así. Les faltaba la tradición —en el sentido, tal vez, más despreciable del término—, la evidencia, el goce auténtico, implícito e inmanente, el que va acompañado por un bienestar del cuerpo, y, en cambio, su placer era cerebral. Con excesiva frecuencia, no les gustaba, en lo que llamaban lujo, más que el dinero que había detrás. Sucumbían ante los signos de la riqueza: más que gustarles la vida, les gustaba la riqueza.

Sus primeras salidas fuera del mundo estudiantil, sus primeras incursiones en aquel universo de las tiendas de lujo que no tardaría en convertirse en su Tierra de Promisión, fueron, desde este punto de vista, particularmente reveladoras. Su gusto aún ambiguo, sus escrúpulos demasiado insistentes, su falta de experiencia, su respeto un poco torpe por lo que creían las cimas del verdadero buen gusto, les costaron algunas meteduras de pata, algunas humillaciones. Pudo parecer en cierto momento que el modelo de indumentaria al que se ajustaban Jérôme y sus amigos era no el del gentleman inglés, sino la muy continental caricatura del mismo que ofrece un emigrante reciente de sueldo modesto. Y el día en que Jérôme compró sus primeros zapatos británicos, tras frotarlos largamente, mediante pequeñas y delicadas aplicaciones concéntricas, con un trapo de lana ligeramente embadurnado con una crema de calidad superior, cuidó de exponerlos al sol, donde se suponía que adquirirían rápidamente una pátina excepcional. Era, por desgracia, junto con un par de mocasines de caña recia y suelas de crepé que se negaba obstinadamente a llevar, su único par de zapatos: abusó de ellos, los arrastró por caminos desastrosos, y los destrozó en poco menos de siete meses.

Luego, con la edad, gracias a la experiencia acumulada, resultó que se distanciaban un poco respecto de sus fervores más exacerbados. Supieron esperar, y acostumbrarse. Su gusto se formó lentamente, más firme, más ponderado. Sus deseos tuvieron tiempo de madurar; su avidez se hizo menos rabiosa. Cuando, paseando por las afueras de París, se detenían en las tiendas de anticuarios de los pueblos, ya no se precipitaban hacia los platos de loza, las sillas de iglesia, las bombonas de vidrio soplado, los candelabros de cobre. Es cierto que había aún, en la imagen algo estática que tenían de la casa modelo, del confort perfecto, de la vida feliz, mucha ingenuidad, mucha complacencia: les gustaban con intensidad aquellos objetos que sólo el gusto del día pretendía bellos: aquellas falsas estampas de Épinal, aquellos grabados a la inglesa, aquellas ágatas, aquellos vidrios ahilados, aquellas chucherías neobárbaras, aquellos trastos paracientíficos, que en muy poco tiempo encontrarían

en los escaparates de la calle Jacob, de la calle Visconti. Soñaban aún con poseerlos; habrían satisfecho aquella necesidad inmediata, evidente, de estar al día, de pasar por entendidos. Pero aquel exceso mimético iba perdiendo importancia, y les parecía grato pensar que la imagen que tenían de la vida se había desprendido lentamente de cuanto podía tener de agresivo, de artificial, de pueril a veces. Habían destruido lo que habían adorado: los espejos de bruja, los tajos, los estúpidos pequeños móviles, los radiómetros, las piedrecitas multicolores, los paneles de yute adornados con rúbricas a lo Mathieu. Les parecía que dominaban cada vez más sus deseos: sabían lo que querían; tenían ideas claras. Sabían lo que sería su dicha, su libertad.

Y, sin embargo, se engañaban; se estaban perdiendo. Empezaban, ya, a sentirse arrastrados a lo largo de un camino del que no conocían ni las vueltas ni el destino. A veces les entraba miedo. Pero, con frecuencia, sólo estaban impacientes: se sentían preparados; estaban disponibles: esperaban vivir, esperaban el dinero.

Jérôme tenía veinticuatro años. Sylvie tenía veintidós. Ambos eran psicólogos. Aquel trabajo, no era exactamente un oficio, ni siquiera una profesión, consistía en entrevistar a gente, siguiendo diversas técnicas, sobre temas variados. Era un trabajo difícil, que exigía, por lo menos, una gran concentración nerviosa, pero no carecía de interés, estaba relativamente bien pagado, y les dejaba un tiempo libre apreciable.

Como casi todos sus compañeros, Jérôme y Sylvie se habían hecho psicólogos por necesidad, no por elección. Nadie sabe además adónde los habría llevado el libre desarrollo de inclinaciones totalmente indolentes. La historia, también en esto, había elegido por ellos. Claro que les hubiera gustado, como a todo el mundo, entregarse a algo, sentir una necesidad poderosa que hubieran llamado vocación, una ambición que los hubiera arrastrado, una pasión que los hubiera colmado. Por desgracia, sólo conocían una: la de vivir mejor, y los agotaba. Siendo estudiantes, la perspectiva de una pobre licenciatura, una plaza en Nogent-sur-Seine, Château-Thierry o Étampes, y un sueldo exiguo, los espantó hasta tal punto que apenas se conocieron —Jérôme tenía entonces veintiún años, Sylvie diecinueve— cuando abandonaron, casi sin necesidad de ponerse de acuerdo, una carrera que nunca habían comenzado de veras. No los devoraba el deseo de saber; mucho más humildemente, y sin ocultarse que sin duda hacían mal, y que, tarde o temprano, llegaría el día en que lo sentirían, experimentaban la necesidad de una habitación un poco más grande, agua corriente, una ducha, comidas más variadas, o simplemente más abundantes que las de los restaurantes universitarios, tal vez un coche, discos, vacaciones, ropa.

Desde hacía ya varios años, los estudios de motivación habían hecho su aparición en Francia. Aquel año estaban aún en plena expansión. Se creaban nuevas agencias cada mes, a partir de nada, o casi. En ellas se encontraba fácilmente trabajo. Se trataba, en la mayoría de los casos, de acudir a los jardines públicos, a la salida de las escuelas, o a las HLM¹ de los suburbios, a preguntar a las madres de familia si les había llamado la atención alguna publicidad reciente, y lo que pensaban de ella. Aquellos sondeos-exprés, llamados testings o encuestas-minuto, se pagaban a cien francos. Era poco pero era mejor que hacer de canguro, de vigilante nocturno, de lavaplatos, mejor que cualquier tarea irrisoria —reparto de prospectos, escritos, cronometrajes de emisiones publicitarias, venta ambulante, lumpendocencia— reservada tradicionalmente a los estudiantes. Y además, lo reciente de la agencia, su estado casi artesanal, la novedad de los métodos, la penuria aún total de elementos cualificados, dejaban entrever la esperanza de promociones rápidas, de ascensos

vertiginosos.

No era un mal cálculo. Pasaron unos meses aplicando cuestionarios. Luego hubo un director de agencia que, apremiado por el tiempo, confió en ellos: viajaron a provincias, con un magnetófono bajo el brazo; algunos de sus compañeros de viaje, apenas mayores que ellos, los iniciaron en las técnicas, a decir verdad menos difíciles de lo que suele suponerse, de las entrevistas abiertas y cerradas: aprendieron a hacer hablar a los demás, y a calcular sus propias palabras: supieron descubrir, tras las vacilaciones embrolladas, tras los silencios confusos, tras las alusiones tímidas, los caminos que hay que explorar; penetraron los secretos de ese «hmm» universal, verdadera entonación mágica, con que el entrevistador puntúa el discurso del entrevistado, le da confianza, lo comprende, lo anima, lo interroga, e incluso a veces lo amenaza.

Sus resultados fueron honrosos. Siguieron llevados por su impulso. Recogieron, acá y allá, rudimentos de sociología, de psicología, de estadística; asimilaron el vocabulario y los signos, los trucos que quedaban bien: cierto modo, por parte de Sylvie, de ponerse o quitarse las gafas, cierto modo de tomar notas, de hojear un informe, cierto modo de hablar, de intercalar en sus conversaciones con los jefes, en un tono apenas interrogativo, locuciones del tipo de: «... ¿verdad?...», «... a mi entender quizá...», «... en cierta medida...», «... es algo que me pregunto...», cierto modo de citar, en los momentos oportunos, a Wright Mills, a William White, o, mejor aún, a Lazarsfeld, Cantril o Herbert Hyman, de los que no habían leído ni tres páginas.

Demostraron con estas adquisiciones estrictamente necesarias, que constituían el *abecé* de la profesión, excelentes disposiciones y, apenas un año después de sus primeros contactos con los estudios de motivación, les confiaron la gran responsabilidad de un «análisis de contenido»: se situaba inmediatamente debajo de la dirección general de un estudio, obligatoriamente reservada a un ejecutivo sedentario, el cargo más elevado, o sea el más remunerado y por tanto el más noble de toda la jerarquía. En el transcurso de los años sucesivos, ya apenas bajaron de aquellas alturas.

Y durante cuatro años, quizá más, exploraron, entrevistaron, analizaron. ¿Por qué se venden tan mal los aspiradores de ruedas? ¿Qué piensa de la achicoria la gente de extracción humilde? ¿Gusta el puré preparado y por qué? ¿Porque es ligero? ¿Porque es untuoso? ¿Porque es tan fácil de hacer: un gesto y hala? ¿Realmente se consideran caros los cochecitos de niño? ¿No se está siempre dispuesto a hacer un sacrificio por la comodidad de los pequeños? ¿Cómo votará la mujer francesa? ¿Gusta el queso en tubo? ¿Se está a favor o en contra de los transportes públicos? ¿En qué se presta antes atención al comer un yogur?: ¿en el color?, ¿en la consistencia?, ¿en el sabor?, ¿en el perfume natural? ¿Lee usted mucho, un poco, nada? ¿Va usted al restaurante? Señora, ¿le gustaría alquilar su habitación a un negro? ¿Qué se piensa francamente de la jubilación de los mayores? ¿Qué piensa la juventud? ¿Qué piensan los ejecutivos?

¿Qué piensa la mujer de treinta años? ¿Qué piensa usted de las vacaciones? ¿Dónde pasa sus vacaciones? ¿Le gustan los platos congelados? ¿Cuánto cree que cuesta un encendedor así? ¿Qué cualidades exige a su colchón? ¿Puede describirme un hombre a quien guste la pasta? ¿Qué piensa de su lavadora? ¿Está contenta con ella? ¿No hace demasiada espuma? ¿Lava bien? ¿Rompe la ropa? ¿Seca la ropa? ¿Preferiría una lavadora que secara también su ropa? Y la seguridad en las minas, ¿está bien garantizada o no lo está bastante a su entender? (Hacer hablar al sujeto: pídanle que cuente ejemplos personales; cosas que ha visto; ¿ha resultado herido ya alguna vez?, ¿cómo ocurrió? Y su hijo, ¿será minero como su padre o qué?)

Hubo la colada, la ropa que se seca, el planchado. El gas, la electricidad, el teléfono. Los hijos. Las prendas exteriores e interiores. La mostaza. Las sopas en sobre, las sopas en lata. Los cabellos: cómo lavarlos, cómo teñirlos, cómo evitar que se despeinen, cómo hacer que brillen. Los estudiantes, las uñas, los jarabes para la tos, las máquinas de escribir, los abonos, los tractores, el ocio, los regalos, el papel, la ropa blanca, la política, las autopistas, las bebidas alcohólicas, las aguas minerales, los quesos y las conservas, las lámparas y las cortinas, los seguros, la jardinería.

Nada de lo que es humano les fue ajeno.

Por primera vez ganaron algún dinero. No les gustaba su trabajo: ¿podía haberles gustado? Tampoco los aburría demasiado. Tenían la impresión de aprender muchas cosas. De año en año, los transformó.

Fue el gran momento de su conquista. No tenían nada; descubrían las riquezas del mundo.

Durante mucho tiempo habían sido perfectamente anónimos. Iban vestidos como estudiantes, o sea, mal. Sylvie con una única falda, jerséis feos, un pantalón de pana, una trenca, Jérôme con una canadiense mugrienta, un traje de confección, una corbata lamentable. Se sumieron con éxtasis en la moda inglesa. Descubrieron los pullovers, las blusas de seda, las camisas de Doucet, las corbatas finas, los pañuelos de seda, el tweed, el lambs-wool, el cashmere, la vicuña, la piel y el género de punto, el lino, la magistral jerarquía de los zapatos, por último, que va de los Churchs a los Weston, de los Weston a los Bunting, y de los Bunting a los Lobb.

Su sueño fue un viaje a Londres. Habrían repartido su tiempo entre la National Gallery, Savile Row, y cierto pub de Church Street del que Jérôme había conservado un recuerdo emocionante. Pero no eran aún lo bastante ricos como para vestirse allí de pies a cabeza. En París, con el primer dinero que ganaron alegremente con el sudor de su frente, Sylvie se compró una blusa de tricot de seda de Cornuel, un twin-set importado de lambs-wool, una falda recta y seria, unos zapatos de piel trenzada de una suavidad extrema y un gran pañuelo de seda adornado con pavos reales y

ramajes. Jérôme, aunque de vez en cuando le seguía gustando ir con zapatos gastados, mal afeitado, vestido con viejas camisas sin cuello y un pantalón de algodón, descubrió, cultivando los contrastes, los placeres de las mañanas largas: bañarse, afeitarse con esmero, rociarse de colonia, ponerse, con la piel aún ligeramente húmeda, camisas completamente blancas, anudarse corbatas de lana o seda. Compró tres, en Old England, así como una chaqueta de tweed, camisas rebajadas y zapatos de los que no creía tener que avergonzarse.

Luego, fue casi una de las grandes fechas de su vida, descubrieron el mercado de Les Puces. Camisas Arrow o Van Heusen, admirables, de largo cuello abrochado, inexistentes en París entonces, pero que las comedias americanas empezaban a popularizar (al menos entre aquel sector al que encantaban las comedias americanas), se encontraban allí a porrillo, al lado de trincheras con fama de indestructibles, faldas, blusas, trajes de seda, chaquetas de cuero, mocasines de piel suave. Fueron cada quincena, los sábados por la mañana, durante un año o más, a revolver en los cajones, los puestos, las pilas, las cajas de cartón, los paraguas boca arriba, en medio de un tropel de veinteañeros con patillas, argelinos vendedores de relojes, turistas americanos que, viniendo de los ojos de cristal, los sombreros de copa y los caballitos de madera del mercado Vernaison, erraban, algo asustados, por el mercado Malik contemplando, al lado de los clavos viejos, los colchones, los esqueletos de máquinas, las piezas sueltas, el extraño destino de los excedentes gastados de sus más prestigiosos shirtmakers. Y se llevaban todo tipo de prendas, envueltas en papel de periódico, bibelots, paraguas, viejos tarros, bolsas, discos.

Cambiaban, mudaban de personalidad. No era exactamente la necesidad, por lo demás real, de diferenciarse de aquellos a quienes tenían que entrevistar, de impresionarlos sin deslumbrarlos. Ni tampoco porque vieran a mucha gente, porque se salieran, pensaban que para siempre, de los ambientes que habían sido suyos. Pero el dinero —semejante observación es forzosamente trivial— suscitaba necesidades nuevas. Les habría sorprendido comprobar, si hubieran pensado un momento en ello —pero, aquellos años, no pensaron en nada—, hasta qué punto se había transformado la visión que tenían de su propio cuerpo, y, más allá, de cuanto los concernía, de cuanto les importaba, de cuanto estaba haciéndose su mundo.

Todo era nuevo. Su sensibilidad, sus gustos, su posición, todo les llevaba hacia cosas que habían ignorado siempre. Prestaban atención a cómo vestían los demás; observaban en los escaparates los muebles, los bibelots, las corbatas; soñaban ante los anuncios de los agentes inmobiliarios. Les parecía entender cosas por las que nunca se habían preocupado: les resultaba importante que un barrio, una calle fuera triste o alegre, tranquila o ruidosa, desierta o animada. Nada, nunca, los había preparado para aquellas preocupaciones nuevas; las descubrían, con candor, con entusiasmo, maravillándose de su prolongada ignorancia. No se asombraban, o apenas, de pensar casi de continuo en ellas.

Los caminos que seguían, los valores a los que se abrían, sus perspectivas, sus

deseos, sus ambiciones, todo eso, es cierto, les parecía a veces desesperadamente vacío. No conocían nada que no fuera frágil o confuso. Era, sin embargo, su vida, era la fuente de exaltaciones desconocidas, más que embriagadoras, era algo inmensa, intensamente abierto. Se decían a veces que la vida que llevarían tendría la gracia, la soltura, la fantasía de las comedias americanas, de los créditos de Saul Bass; e imágenes maravillosas, luminosas, de campos de nieve inmaculados estriados con huellas de esquíes, de mar azul, de verdes colinas, de fuego chisporroteante en chimeneas de piedra, de audaces autopistas, de pullmans, de hoteles de lujo, los acariciaban como otras tantas promesas.

Dejaron su cuarto y los restaurantes universitarios. Alquilaron, en el número 7 de la calle de Quatrefages, frente a la Mezquita, muy cerca del Jardin des Plantes, un pisito de dos habitaciones que daba a un bonito jardín. Desearon tener moquetas, mesas, sillones, divanes.

Durante aquellos años dieron por París paseos interminables. Se detuvieron ante todas las tiendas de antigüedades. Visitaron los grandes almacenes durante horas enteras, maravillados, y ya asustados, pero sin atreverse aún a decírselo, sin atreverse aún a mirar cara a cara aquella especie de delirio lamentable que iba a convertirse en su destino, su razón de ser, su consigna, maravillados y casi sumergidos ya por la amplitud de sus necesidades, la riqueza expuesta, la abundancia ofrecida.

Descubrieron los pequeños restaurantes de Les Gobelins, Les Ternes, Saint-Sulpice, los bares desiertos donde da gusto susurrar, los fines de semana fuera de París, los grandes paseos por el bosque, en otoño, en Rambouillet, Vaux, Compiègne, los goces casi perfectos ofrecidos a la vista, al oído, al paladar.

Y así fue como, poco a poco, insertándose en la realidad de modo algo más profundo que en el pasado cuando, hijos de pequeñoburgueses sin talla, y luego estudiantes amorfos e indiferenciados, sólo habían tenido del mundo una visión mezquina y superficial, empezaron a entender lo que significaba ser gente bien.

Esta última revelación, que no fue tal en el sentido estricto de la palabra, sino el término de una lenta maduración social y psicológica, de la que les hubiera resultado muy difícil describir los estados sucesivos, completó su metamorfosis.

Con sus amigos la vida era a menudo un torbellino.

Eran todo un grupo, una buena pandilla. Se conocían bien. Tenían, pegándose los unos a otros, costumbres comunes, gustos, recuerdos comunes. Tenían su vocabulario, sus signos, sus manías. Demasiado emancipados para parecerse totalmente, pero, sin duda, no lo bastante aún para no imitarse más o menos conscientemente, se pasaban la vida haciendo intercambios. Eso los irritaba a menudo; más a menudo aún los divertía.

Pertenecían casi todos a los medios publicitarios. Algunos, sin embargo, seguían, o se esforzaban por seguir estudiando. Se habían conocido, en la mayoría de los casos, en los despachos aparatosos o pseudofuncionales de los directores de agencia. Escuchaban juntos, garrapateando furiosamente en sus secantes, sus recomendaciones mezquinas y sus gracias chuscas; su desprecio común por aquellos pudientes, aquellos aprovechados, aquellos explotadores de carne joven, era a veces su primer campo de entendimiento. Pero lo más frecuente era que empezaran condenados a vivir cinco o seis días juntos en los tristes hoteles de las ciudades pequeñas. En cada comida ingerida en común invitaban a sentarse a los amigos. Pero los almuerzos eran rápidos y profesionales, las cenas terriblemente lentas, a no ser que brotase aquella milagrosa chispa que iluminaba sus caras cansinas de viajeros de comercio y les hacía considerar memorable aquella velada provinciana, y succulenta una terrina ordinaria que les cobraba aparte un hotelero facineroso. Entonces, olvidaban sus magnetófonos y su tono demasiado correcto de psicólogos distinguidos. Prolongaban la sobremesa. Hablaban de sí mismos y del mundo, de todo y de nada, de sus gustos, de sus ambiciones. Iban a recorrer la ciudad en busca del único bar confortable que no podía faltar, y hasta altas horas de la noche, ante sus whiskies, sus coñacs o sus gin-tonics, evocaban, con abandono casi ritual, sus amores, sus deseos, sus viajes, sus rechazos, sus entusiasmos, sin extrañarse, por el contrario más bien encantados, de lo parecido de su historia y la identidad de sus puntos de vista.

A veces, de aquella simpatía inicial no emergía nada más que unas relaciones distantes, llamadas telefónicas de tarde en tarde. A veces, aunque con menos frecuencia, también nacía de aquel encuentro, por azar o por deseo recíproco, lentamente o menos lentamente, una amistad posible que se desarrollaba poco a poco. Así, al filo de los años, se habían soldado lentamente.

Unos y otros eran fácilmente identificables. Tenían dinero, no mucho, pero el suficiente como para no hallarse más que episódicamente, de resultas de alguna locura que no habrían sabido decir si formaba parte de lo superfluo o lo necesario, con una economía realmente deficitaria. Sus viviendas, estudios, desvanes, pisos de dos habitaciones, casas vetustas, en barrios elegidos —el Palais Royal, la

Contrescarpe, Saint-Germain, el Luxembourg, Montparnasse—, se parecían: se encontraban en ellos los mismos sofás mugrientos, las mismas mesas llamadas rústicas, los mismos montones de libros y discos, viejos vasos, viejos tarros, indiferentemente llenos de flores, lápices, idéntica calderilla, cigarrillos, caramelos, clips. Vestían, en líneas generales, del mismo modo, es decir con ese gusto correcto que, tanto en los hombres como en las mujeres, da todo su valor a Madame Express, y de rebote, a su esposo. Por lo demás, debían mucho a esa pareja modelo.

L'Express era indudablemente el semanario al que más caso hacían. A decir verdad, no les gustaba mucho, pero lo compraban, o, en todo caso, se lo pedían prestado unos a otros, lo leían con regularidad y hasta, lo confesaban, guardaban con frecuencia números atrasados. Muchas veces no estaban de acuerdo con su línea política (un día de sana cólera, habían escrito un breve panfleto sobre «el estilo del Teniente») y preferían con mucho los análisis de *Le Monde*, al que eran unánimemente fieles, e incluso las posturas de *Libération*, que tenían tendencia a encontrar simpático. Pero *L'Express*, y sólo él, correspondía a su arte de vivir; cada semana encontraban en él, incluso cuando podían con razón juzgarlas tergiversadas y desnaturalizadas, las preocupaciones más corrientes de su vida cotidiana. No era extraño que los escandalizara. Pues realmente, frente a aquel estilo en el que reinaban el falso distanciamiento, los sobreentendidos, los desprecios ocultos, las envidias mal digeridas, los falsos entusiasmos, las incitaciones y los guiños, frente a aquel mercado publicitario que era *L'Express* —su fin y no sus medios, su aspecto más necesario—, frente a aquellos pequeños detalles que lo cambian todo, aquellas cositas poco costosas y realmente divertidas, frente a aquellos hombres de negocios que comprendían los verdaderos problemas, aquellos técnicos que sabían de qué hablaban y lo dejaban muy claro, aquellos pensadores audaces que, sin soltar la pipa, ponían por fin el siglo xx en el mundo, en una palabra, frente a aquella asamblea de responsables reunidos semanalmente en un foro o una mesa redonda, cuya sonrisa plácida hacía pensar que tenían aún en la mano derecha las llaves de oro de los lavabos directorales, pensaban infaliblemente, repitiendo el juego de palabras no muy bueno que iniciaba su panfleto, que no era cierto que *L'Express* fuera un periódico de izquierdas, pero que no cabía duda de que era un periódico siniestro. Era, por lo demás, falso, lo sabían, pero eso los reconfortaba.

No lo ocultaban: era gente de *L'Express*. Necesitaban, sin duda, que su libertad, su inteligencia, su alegría, su juventud fueran, en todo tiempo y lugar, convenientemente expresadas. Dejaban que se ocupara de ello, porque era lo más fácil, porque el mismo desprecio que sentían por él lo justificaba. Y la violencia de sus reacciones sólo podía compararse con su sujeción: hojeaban el semanario refunfuñando, lo estrujaban, lo tiraban lejos. A veces no paraban de extasiarse con su bajeza. Pero lo leían, era un hecho, se empapaban de él.

¿Dónde habrían podido hallar más exacto reflejo de sus gustos, de sus deseos? ¿No eran jóvenes? ¿No eran ricos, con moderación? *L'Express* les brindaba todos los signos del confort: los gruesos albornoces, las desmitificaciones brillantes, las playas de moda, la cocina exótica, las soluciones útiles, los análisis inteligentes, el secreto de los dioses, los veraneos baratos, las opiniones distintas, las ideas nuevas, los vestidos sencillos, los platos congelados, los detalles elegantes, los escándalos de buen tono, los consejos de última hora.

Soñaban, a media voz, con divanes Chesterfield. *L'Express* soñaba con ellos. Pasaban gran parte de sus vacaciones recorriendo las tiendas de anticuarios de los pueblos; compraban a buen precio cacharros de estaño, sillas de paja, vasos que invitaban a beber, cuchillos con mango de cuerno, escudillas patinadas que convertían en ceniceros preciosos. De todas esas cosas, estaban seguros de ello, *L'Express* había hablado, o iba a hablar.

En el plano de las realizaciones, se distanciaban notablemente de las modalidades de compra preconizadas por *L'Express*. Todavía no estaban del todo «colocados» y, aunque se les reconocía la categoría de «ejecutivos», no tenían ni las garantías, ni las pagas dobles, ni las primas del personal regular provisto de contrato. *L'Express* aconsejaba, pues, comercios económicos y simpáticos (el dueño es un amigo, invita a copa y club-sandwich mientras el cliente elige), tiendas donde el gusto del momento exigía, para distinguirse convenientemente, una mejora radical de la instalación anterior: eran imprescindibles las paredes encaladas, necesaria la moqueta oscura, y sólo podía pretender sustituirla un pavimento heterogéneo de mosaico anticuado; las vigas vistas eran de rigor, y la pequeña escalera interior, la chimenea auténtica, con su fuego, los muebles rústicos, o mejor aún, provenzales, altamente recomendados. Estos cambios que se multiplicaban por todo París, afectando indistintamente a librerías, galerías de arte, mercerías, comercios de frivolidades y mobiliario, incluso a tiendas de comestibles (no era raro ver a un antiguo detallista muerto de hambre convertirse en especialista en quesos, con un delantal azul que daba un tono de muy entendido y un local de vigas y mimbres...), estos cambios, pues, traían consigo, más o menos legítimamente, una subida de precios tal que la adquisición de un vestido de lana virgen estampado a mano, un twin-set de cashmere tejido por una vieja campesina ciega de las islas Orcadas (*exclusive, genuine, vegetable-dyed, hand-spun, hand-woven*), o una suntuosa chaqueta mitad punto, mitad piel (para los fines de semana, la caza o el coche), resultaba siempre imposible. Y del mismo modo que se les iban los ojos tras las tiendas de los anticuarios, pero sólo contaban, para amueblar, con las ventas rurales o las salas menos frecuentadas del Hotel Drouot (adonde, por otra parte, iban menos a menudo de lo que hubieran querido), sólo enriquecían su vestuario frecuentando asiduamente el mercado de Les Puces, o, dos veces al año, ciertas ventas de caridad organizadas por unas viejas inglesas a beneficio de las obras de la St-George English Church, y en las que abundaban desechos —perfectamente aceptables, ni que decir tiene— de diplomáticos. A menudo les producía cierto

malestar: tenían que abrirse paso por entre una muchedumbre densa y revolver en un montón de horrores —los ingleses no tienen siempre el gusto que se les atribuye—, antes de descubrir una corbata magnífica, pero sin duda demasiado frívola para un secretario de embajada, o una camisa que había sido perfecta, o una falda que habría que acortar. Pero, claro, era eso o nada: la desproporción, visible en todo, entre sus gustos de indumentaria (nada era demasiado bello para ellos) y la cantidad de dinero de que disponían normalmente era un signo evidente, pero a fin de cuentas secundario, de su situación concreta: no eran los únicos; antes de acudir a las rebajas, como se hacía en todas partes, tres veces al año, preferían las prendas de segunda mano. En el mundo en que vivían, era casi de rigor desear siempre más de lo que se podía adquirir. No eran ellos quienes lo habían decretado; era una ley de la civilización, una situación real de la que la publicidad en general, las revistas, el arte de los escaparates, el espectáculo de la calle, y hasta, en cierto aspecto, el conjunto de las producciones llamadas comúnmente culturales, eran las expresiones más normales. Por tanto, hacían mal sintiéndose, en ciertos momentos, heridos en su dignidad: aquellas pequeñas modificaciones —preguntar en tono inseguro el precio de algo, vacilar, tratar de regatear, mirar los escaparates sin atreverse a entrar, desear, tener aire mezquino— también hacían progresar el comercio. Estaban orgullosos de haber pagado algo menos caro, de haberlo obtenido por nada, por casi nada. Estaban más orgullosos aún (pero siempre se paga demasiado caro el placer de pagar demasiado caro) de haber pagado muy caro, carísimo, de una vez, sin discutir, casi con embriaguez, lo que era, lo que sólo podía ser lo más bello, lo único bello, lo perfecto. Aquellas vergüenzas y aquellos orgullos tenían la misma función, llevaban en sí las mismas decepciones, las mismas cóleras. Y ellos comprendían, porque por todas partes, a su alrededor, todo se lo hacía comprender, porque se lo metían en la cabeza de la mañana a la noche, a fuerza de eslóganes, de carteles, de anuncios luminosos, de escaparates iluminados, que estaban siempre un poco más abajo en la escalera, siempre un poco demasiado abajo. Y aún tenían la suerte de no estar entre los más desfavorecidos.

Eran «hombres nuevos», jóvenes ejecutivos a quienes no habían salido aún todos los dientes, tecnócratas a medio camino del éxito. Procedían, casi todos, de la pequeña burguesía, y sus valores, pensaban, no les bastaban ya: miraban con anhelo, con desesperación, el confort evidente, el lujo, la perfección de los grandes burgueses. Carecían de pasado, de tradición. No esperaban herencia alguna. Entre todos los amigos de Jérôme y Sylvie, sólo uno venía de una familia rica y sólida: negociantes en paños del Norte; una fortuna caudalosa y compacta; edificios en Lille, títulos, una casa solariega en las inmediaciones de Beauvais, orfebrería, joyas, estancias enteras con muebles centenarios. Para todos los demás la infancia había tenido por marco comedores y dormitorios Chippendale o rústico normando, tal como empezaban a concebirse en los albores de los años treinta: camas cubiertas con colcha de tafetán color punzó, armarios de tres puertas provistos de lunas y dorados, mesas

horriblemente cuadradas de patas torneadas, percheros con cuernos de ciervo falsos. Allí, por la noche, bajo la lámpara familiar habían hecho sus deberes. Habían bajado la basura, habían «ido por la leche», habían salido dando un portazo. Sus recuerdos de infancia se parecían, como eran casi idénticos los caminos que habían seguido, su lenta emergencia fuera del medio familiar, las perspectivas que parecían haber elegido.

Eran, pues, de su tiempo. Se sentían a gusto consigo mismos. No eran, decían, del todo ilusos. Sabían mantener las distancias. Tenían desparpajo, o al menos lo intentaban. Tenían humor. Distaban mucho de ser tontos.

Un análisis profundo habría revelado fácilmente, en el grupo que formaban, corrientes divergentes, antagonismos sordos. Un sociómetro maniático y puntilloso no habría tardado en descubrir discrepancias, exclusiones recíprocas, enemistades latentes. A veces se daba el caso de que uno u otro de ellos, de resultas de incidentes más o menos fortuitos, de provocaciones larvadas, de desacuerdos disimulados, sembraba la discordia en el seno del grupo. Entonces, su hermosa amistad se venía abajo. Descubrían, con fingido estupor, que fulano, a quien creían generoso, era la mezquindad personificada, que mengano no era más que un egoísta. Se producían tiranteces, se consumaban rupturas. A veces hallaban un placer maligno en azuzarse unos contra otros. O bien aparecían las malas caras prolongadas, los períodos de distanciamiento acusado, de frialdad. Se evitaban y se justificaban sin cesar el que se evitasen, hasta que sonaba la hora de los perdones, de las reconciliaciones efusivas. Pues, a fin de cuentas, no podían pasar unos sin otros.

Estos juegos le ocupaban intensamente y dedicaban a ellos un tiempo precioso que, sin dificultad, habrían podido emplear en cosas muy diferentes. Pero estaban hechos de tal manera que, por más que lo sintieran a veces, el grupo que formaban los definía casi por completo. Fuera de él, carecían de vida real. Con todo, tenían la sensatez de no verse demasiado a menudo, de no trabajar siempre juntos, e incluso se esforzaban en mantener actividades individuales, zonas privadas en las que podían refugiarse, en las que podían olvidar un poco, no el grupo mismo, la mafia, el equipo, sino, por supuesto, la tensión que lo sustentaba. Su vida casi común hacía más fáciles los estudios, los viajes a provincias, las noches de análisis o redacción de los informes; pero también los condenaba a ellos. Puede decirse que era su drama secreto, su debilidad común. Era aquello de lo que nunca hablaban.

Su mayor placer era olvidar juntos, o sea distraerse. Para empezar, les encantaba beber, y bebían mucho, a menudo, juntos. Frecuentaban el Harry's New York Bar, en

la calle Daunou, los cafés del Palais-Royal, el Balzar, Lipp, y algunos más. Les gustaba la cerveza de Munich, la Guinness, la ginebra, los ponches hirvientes o helados, los licores de frutas. A veces se pasaban veladas enteras bebiendo, apiñados en torno a dos mesas, juntadas para aquella ocasión, y hablaban, interminablemente, de la vida que les habría gustado llevar, los libros que algún día escribirían, los trabajos que les gustaría emprender, las películas que habían visto o que iban a ver, el futuro de la humanidad, la situación política, sus vacaciones próximas, sus vacaciones pasadas, una salida al campo, un viajecito a Brujas, Amberes o Basilea. Y a veces, sumiéndose en aquellos sueños colectivos, sin querer despertar de ellos, antes prolongándolos sin cesar con una complicidad tácita, acababan perdiendo todo contacto con la realidad. Entonces, de vez en cuando, una mano emergía simplemente del grupo: acudía el camarero, se llevaba las jarras vacías y traía otras y pronto la conversación, concentrándose cada vez más, sólo giraba en torno a lo que acababan de beber, a su borrachera, a su sed, a su felicidad.

Sentían pasión por la libertad. Les parecía que el mundo entero estaba hecho a su medida; vivían al ritmo exacto de su sed, y su exuberancia era inextinguible; su entusiasmo no tenía ya límites. Habrían podido andar, correr, bailar, cantar toda la noche.

Al día siguiente no se veían. Las parejas se encerraban en casa, haciendo dietas, mareados, abusando de cafés y pastillas efervescentes. No salían hasta caída la noche, iban a comer a un snack bar caro un steak sin guarnición. Tomaban decisiones drásticas: no fumarían más, no beberían más, no derrocharían más dinero. Se sentían vacíos y estúpidos y, en el recuerdo que conservaban de su memorable borrachera, se mezclaba siempre cierta nostalgia, un nerviosismo incierto, un sentimiento ambiguo, como si el impulso mismo que los había llevado a beber no hubiese hecho más que avivar su incompreensión más fundamental, una irritación más insistente, una contradicción más cerrada a la que no podían sustraerse.

O bien, en casa de uno u otro, organizaban cenas casi monstruosas, verdaderas fiestas. No tenían, casi nunca, más que cocinas exiguas, a veces impracticables, y vajillas descabaladas entre las que andaban perdidas algunas piezas un poco nobles. En la mesa, copas de cristal tallado de una finura extrema se juntaban con vasos de mostaza, cuchillos de cocina con cucharillas de plata blasonadas.

Volvían de la calle Mouffetard, juntos, cargados los brazos de vituallas, con cajas enteras de melones y melocotones, cestas llenas de quesos, piernas de cordero, aves de corral, canastas de ostras en la temporada, terrinas, huevos de pescado, por último, cajas enteras de vino, de oporto, de agua mineral, de Coca-Cola.

Eran nueve o diez. Llenaban el piso estrecho, alumbrado por una sola ventana que daba al patio; un sofá tapizado de terciopelo rasposo ocupaba el fondo de una alcoba; tres personas tomaban asiento en él, ante la mesa servida, los otros se instalaban en

sillas desparejadas, en taburetes. Comían y bebían durante horas enteras. La exuberancia y la abundancia de aquellas comidas eran curiosas: a decir verdad, desde un estricto punto de vista culinario, comían de modo mediocre: asados y aves sin ninguna salsa: la guarnición, casi invariablemente, constaba de patatas salteadas o hervidas, o incluso, a finales de mes, como plato fuerte, había pasta o arroz acompañado de aceitunas y algunas anchoas. No hacían ningún esfuerzo; sus elaboraciones más complejas eran el melón al oporto, los plátanos flameados, el pepino a la crema. Necesitaron varios años para percatarse de que existía una técnica, si no un arte, de la cocina y de que todo lo que más les había gustado comer se reducía a productos simples sin aliños ni refinamientos.

En ello demostraban una vez más la ambigüedad de su situación: la imagen que tenían de un festín correspondía exactamente a las comidas que durante mucho tiempo habían conocido exclusivamente, las de los restaurantes universitarios: a fuerza de comer bistecs delgados y duros habían dedicado a los chateaubriands y al solomillo un verdadero culto. La carne guisada —y hasta desconfiaron mucho tiempo del cocido— no los atraía; guardaban un recuerdo demasiado preciso de las tajadas grasas nadando entre tres rodajas de zanahoria, en íntima proximidad con un petit-suisse aplastado y una cucharada de confitura gelatinosa. En cierto modo les gustaba todo lo que negaba la cocina y exaltaba la pompa. Les gustaban la abundancia y la riqueza aparentes; rechazaban la lenta elaboración que transforma en manjares productos ingratos y que implica un universo de cazos, ollas, tajaderas, chinos, fogones. Pero casi se desmayaban ante la visión de una salchichería, porque todo en ella era consumible en el acto: les gustaban los patés, las ensaladillas adornadas con guirnalda de mayonesa, los rollos de jamón y el buey en gelatina: sucumbían con excesiva frecuencia, y lo lamentaban, una vez satisfecha la vista, apenas habían hundido el tenedor en la gelatina realzada con una rodaja de tomate y dos ramitas de perejil: pues, al fin y al cabo, no era más que un huevo duro.

Estaba, sobre todo, el cine. Y era sin duda el único campo en el que su sensibilidad lo había aprendido todo. No debían nada a ningún modelo. Pertenecían, por su edad, por su formación, a esa primera generación para la que el cine fue, más que un arte, una evidencia; lo habían conocido siempre, y no como forma balbuciente, sino de buenas a primeras con sus obras maestras, su mitología. A veces les parecía que habían crecido con él, que lo comprendían mejor de lo que nadie antes que ellos había sabido comprenderlo.

Eran cinéfilos. Era su pasión primera; se entregaban a ella cada noche, o casi. Les gustaban las imágenes, a poco que fueran bellas, que los arrastrasen, los encantasen, los fascinasen. Les gustaba la conquista del espacio, del tiempo, del movimiento, les gustaban el torbellino de las calles de Nueva York, la languidez de los trópicos, la violencia de los saloons. No eran ni demasiado sectarios, como esas mentes obtusas

para las que no hay más que Eisenstein, Buñuel, o Antonioni, o también —de todo ha de haber en el mundo— Carné, Vidor, Aldrich o Hitchcock, ni demasiado eclécticos, como individuos infantiles que pierden todo sentido crítico y todo les parece genial a poco que un cielo azul sea azul celeste, o que el rojo pálido del vestido de Cyd Charisse contraste con el rojo oscuro del sofá de Robert Taylor. No carecían de gusto. Tenían una gran prevención contra el llamado cine serio que hacía que encontraran más bellas aún las obras que este calificativo no bastaba para volver vanas (¡pero hombre, decían, y tenían razón, vaya mierda *Marienbad*!), una simpatía casi exagerada por los westerns, los thrillers, las comedias americanas, y por aquellas aventuras sorprendentes, llenas de arrebatos líricos, de imágenes suntuosas, de bellezas fulgurantes y casi inexplicables, tituladas, por ejemplo —todavía se acordaban—, *Lola*, *La encrucijada de los destinos*, *Los embrujados*, *Escrito en el viento*.

Iban rara vez a un concierto, menos aún al teatro. Pero se encontraban, sin haber quedado en nada, en la Filmoteca, en el Passy, en el Napoléon, o en esos pequeños cines de barrio —el Kursaal en Les Gobelins, el Texas en Montparnasse, el Bikini, el Mexico en la plaza Clichy, el Alcazar en Belleville, e incluso en otros, por la Bastille o el distrito 15, esas salas sin gracia, mal equipadas, que sólo parecía frecuentar una clientela heteróclita de parados, argelinos, solterones, cinéfilos, y que programaban, en asesinas versiones dobladas, esas obras maestras desconocidas de las que se acordaban desde que tenían quince años, o esas películas consideradas geniales, cuya lista tenían en la cabeza y que, desde hacía años, trataban de ver en vano. Guardaban un recuerdo maravilloso de aquellas benditas veladas en que habían descubierto, o redescubierto, casi por casualidad, *El corsario rojo*, o *El mundo es suyo*, o *Los forajidos de la noche*, o *My Sister Eileen*, o *Los cinco mil dedos del doctor T*. Por desgracia, muy a menudo, lo cierto es que se quedaban terriblemente decepcionados. Aquellas películas que habían esperado tanto tiempo, hojeando casi febrilmente, cada miércoles, a primera hora, *L'Officiel des Spectacles*, aquellas películas, que les habían asegurado en todas partes que eran admirables, a veces llegaba un día en que venían anunciadas. El grupo entero se encontraba en la sala la primera noche. La pantalla se iluminaba y ellos se estremecían de placer. Pero los colores estaban pasados, las imágenes temblaban, las mujeres habían envejecido terriblemente. Salían; estaban tristes. No era la película con que habían soñado. No era la película total que cada uno de ellos llevaba en sí, la película perfecta que no habrían podido agotar. La película que habrían querido hacer. O, más secretamente sin duda, que habrían querido vivir.

Así vivían, ellos y sus amigos, en sus pisitos simpáticos abarrotados de cosas, con sus salidas y sus películas, sus grandes comidas fraternales, sus proyectos maravillosos. No eran desgraciados. Cierta dicha de vivir, furtiva, evanescente, iluminaba sus días. Ciertas tardes, después de cenar, dudaban en levantarse de la mesa; acababan una botella de vino, comían nueces, encendían cigarrillos. Ciertas noches no conseguían dormirse, y, medio sentados, recostados en las almohadas, con un cenicero entre ambos, hablaban hasta la madrugada. Ciertos días paseaban charlando horas enteras. Se miraban sonriendo en los espejos de los escaparates. Les parecía que todo era perfecto; andaban libremente, sus movimientos eran ágiles, el tiempo ya no parecía afectarles. Les bastaba con estar allí, en la calle, un día de frío, de fuerte viento, bien abrigados, al caer la tarde, dirigiéndose sin prisa, pero a buen paso, hacia una casa amiga, para que el menor de sus gestos —encender un cigarrillo, comprar un cucurucho de castañas calientes, deslizarse por entre la muchedumbre a la salida de una estación— les pareciese la expresión evidente, inmediata, de una felicidad inagotable.

O bien, ciertas noches de verano, andaban largo tiempo por barrios casi desconocidos. Una luna perfectamente redonda brillaba alta en el cielo y proyectaba sobre todas las cosas una luz afelpada. Las calles, desiertas y largas, anchas, sonoras, resonaban bajo sus pasos sincrónicos. Pasaba algún que otro taxi, lentamente, casi sin hacer ruido. Entonces se sentían dueños del mundo. Experimentaban una exaltación desconocida, como si hubieran sido poseedores de secretos fabulosos, de fuerzas indecibles. Y cogiéndose de la mano, echaban a correr, o jugaban a la rayuela, o corrían a la pata coja a lo largo de las aceras y vociferaban al unísono las grandes arias de *così tan tutte* o de la *Misa en si*.

O bien, abrían la puerta de un pequeño restaurante y, con una alegría casi ritual, se dejaban envolver por el calor ambiente, por el ruido de los tenedores, el tintineo de las copas, el murmullo apagado de las voces, las promesas de los manteles blancos. Elegían el vino con aire solemne, desdoblaban la servilleta, y les parecía entonces, bien calentitos, mano a mano, fumando un cigarrillo que iban a aplastar un instante más tarde, apenas empezado, cuando llegaran los entremeses, que su vida no sería más que la inagotable suma de aquellos momentos propicios y que serían siempre felices, porque merecían serlo, porque sabían permanecer disponibles, porque la felicidad estaba en ellos. Estaban sentados uno frente a otro, iban a comer después de haber tenido hambre, y todas aquellas cosas —el mantel blanco de recia tela, la mancha azul de un paquete de Gitanes, los platos de loza, los cubiertos algo pesados, las copas, la cestita de mimbre llena de pan tierno— componían el marco siempre nuevo de un placer casi visceral, al borde del embotamiento: la impresión casi

exactamente contraria y casi exactamente semejante a la que produce la velocidad, de una formidable estabilidad, de una formidable plenitud. A partir de aquella mesa servida, tenían la impresión de una sincronía perfecta: se sentían al unísono con el mundo, estaban sumidos en él, estaban a gusto en él, no tenían nada que temer.

Acaso sabían, un poco más que los otros, descifrar, o incluso suscitar aquellos signos favorables. Sus oídos, sus dedos, su paladar, como si hubieran estado en continuo acecho, sólo esperaban aquellos instantes propicios, que el menor detalle bastaba para provocar. Pero, en aquellos momentos en que se dejaban llevar por una sensación de calma chicha, de eternidad, que ninguna tensión venía a turbar, en que todo era equilibrado, deliciosamente lento, la fuerza misma de aquellos goces exaltaba cuanto en ellos había de efímero y frágil. No hacía falta mucho para que todo se viniera abajo: la menor nota falsa, un simple momento de vacilación, un signo demasiado grosero, y su dicha se dislocaba; volvía a ser lo que había sido siempre, una especie de contrato, algo que habían comprado, algo frágil y lastimoso, un simple respiro que los devolvía con violencia a lo más peligroso, a lo más inseguro de su existencia, de su historia.

Lo malo de las encuestas es que no duran. En la historia de Jérôme y Sylvie ya estaba inscrito el día en que tendrían que elegir: o bien conocer el paro, el subempleo, o bien integrarse más sólidamente en una agencia, entrar en ella con dedicación plena, llegar a ejecutivos. O bien cambiar de oficio, encontrar otro trabajo, pero eso no era más que desplazar el problema. Pues si se tolera fácilmente, cuando se trata de individuos que no han alcanzado aún la treintena, que conserven cierta independencia y trabajen a su antojo, si hasta se aprecia a veces su disponibilidad, lo abierto de su mente, la variedad de su experiencia, o lo que se llama también su polivalencia, se exige en cambio, de modo bastante contradictorio por lo demás, a todo futuro colaborador, que una vez doblado el cabo de los treinta años (haciendo así, justamente, de los treinta años un cabo) demuestre una estabilidad segura, y estén garantizados su puntualidad, su sentido de la seriedad, su disciplina. Los empresarios, particularmente en la publicidad, no sólo se niegan a emplear a individuos que han pasado de los treinta y cinco años, sino que desconfían de alguien que, a los treinta años, nunca ha sido *fiijo*. En cuanto a seguir, como si nada, empleándolos sólo periódicamente, es algo que resulta imposible: la inestabilidad no parece seria; a los treinta años, uno debe haber llegado, o es que no es nada. Y nadie ha llegado si no ha encontrado su sitio, si no se ha hecho su hueco, si no tiene sus llaves, su despacho, su placa.

Jérôme y Sylvie pensaban a menudo en este problema. Les quedaban todavía unos años por delante, pero la vida que llevaban, la paz, muy relativa, que conocían, no se consolidarían nunca. Todo iría desmoronándose; no les quedaría nada. No se sentían aplastados por su trabajo, tenían la vida asegurada, mal que bien, un año tras

otro, mejor o peor, sin que la agotara un oficio por sí solo. Pero eso no debía durar.

No se es mucho tiempo simple encuestador. Apenas formado, el psicólogo alcanza muy pronto los grados superiores: pasa a subdirector o director de agencia, o encuentra en alguna empresa grande una plaza codiciada de jefe de servicio, encargado de la contratación del personal, de la orientación, de las relaciones sociales, o de la política comercial. Son buenas colocaciones: los despachos están enmoquetados; hay dos teléfonos, un dictáfono, un frigorífico de salón y hasta, a veces, un cuadro de Bernard Buffet en una de las paredes.

Por desgracia, pensaban a menudo y se decían a veces Jérôme y Sylvie, quien no trabaja no come, es cierto, pero quien trabaja deja de vivir. Creían haberlo experimentado, antaño, durante algunas semanas. Sylvie era documentalista en un centro de estudios, Jérôme codificaba y descodificaba entrevistas. Sus condiciones de trabajo eran más que agradables: llegaban cuando les parecía, leían el periódico en el despacho, bajaban con frecuencia a tomarse una cerveza o un café, e incluso sentían por el trabajo que efectuaban, sin matarse, una indudable simpatía, que alentaba la promesa muy vaga de un empleo sólido, un contrato en regla, un ascenso acelerado. Pero aguantaron poco tiempo. Se despertaban con un humor de perros; regresaban, cada noche, en metros abarrotados, llenos de rencores; se desplomaban, agobiados, en su diván, y ya sólo soñaban con largos fines de semana, jornadas vacías, levantarse tarde.

Se sentían encerrados, cogidos en una trampa, completamente liquidados. No podían resignarse a ello. Creían aún que podían ocurrirles tantísimas cosas, que la regularidad de los horarios, la sucesión de los días, de las semanas, les parecían un obstáculo que no dudaban en calificar de infernal. Y eso que, de todos modos, era el inicio de una buena carrera: se abría ante ellos un futuro prometedor; se hallaban en aquellos instantes épicos en que el jefe juzga a un joven, se felicita *in petto* de haberlo empleado, se apresura a formarlo, a moldearlo a su imagen, lo invita a cenar, le da palmaditas en el vientre, le abre, con un solo gesto, las puertas de la fortuna.

Eran estúpidos —cuántas veces se repitieron que eran estúpidos, que andaban equivocados, que, en todo caso, no tenían más razón que los otros, los que se afanan, los que trepan— pero les gustaban sus largas jornadas de inactividad, sus despertares perezosos, sus mañanas en la cama, con un montón de novelas policiacas o de ciencia ficción al lado, sus paseos nocturnos por las orillas del río y la sensación casi exaltante de libertad que experimentaban ciertos días, la sensación de vacaciones que les entraba cada vez que volvían de una encuesta en provincias.

Sabían, por supuesto, que todo eso era falso, que su libertad no era sino un engaño. Su vida estaba más marcada por su búsqueda casi enloquecida de trabajo, cuando, cosa frecuente, quebraba una de las agencias que los empleaba o se fundía en otra mayor, por los fines de semana en que tenían contados los cigarrillos, por el tiempo que perdían, ciertos días, en lograr que los invitaran a cenar.

Se hallaban en el centro de la situación más trivial, más tonta del mundo. Pero,

por más que sabían que era trivial y tonta, se hallaban, con todo, en ella; habían oído decir que la oposición entre el trabajo y la libertad no constituía, desde hacía mucho tiempo, un concepto riguroso; pero era, sin embargo, lo que los determinaba primordialmente.

Los individuos que deciden ganar dinero antes, los que reservan para más tarde, para cuando sean ricos, sus *verdaderos* proyectos, no están necesariamente equivocados. Los que sólo quieren vivir y llaman vida la libertad máxima, la sola búsqueda de la felicidad, la exclusiva satisfacción de sus deseos o sus instintos, el uso inmediato de las riquezas ilimitadas del mundo —Jérôme y Sylvie habían hecho suyo este vasto programa—, éstos serán siempre desgraciados. Es verdad, reconocían, que existen personas a las que no se les plantea este tipo de dilema, o se les plantea apenas, ya porque son demasiado pobres y aún no tienen más exigencias que comer un poco mejor, estar algo mejor alojadas, trabajar un poco menos, ya porque son demasiado ricas, desde un principio, para entender el alcance, o incluso el significado de tal distinción. Pero en nuestros días y en nuestros países cada vez hay más personas que no son ni ricas ni pobres: sueñan con riquezas y podrían hacerse ricas: ahí es donde empiezan sus desgracias.

Un joven teórico que estudia alguna carrera, luego cumple con honor sus obligaciones militares, se encuentra hacia los veinticinco años desnudo como el primer día, aunque ya virtualmente poseedor, por su mismo saber, de más dinero del que nunca ha podido desear. O sea que sabe a ciencia cierta que vendrá un día en que tendrá su piso, su casa en el campo, su coche, su equipo estereofónico. Sin embargo, lamentablemente esas exaltantes promesas siempre se hacen esperar: por su propia esencia, forman parte de un proceso del que, pensándolo bien, dependen asimismo el nacimiento de los hijos, la evolución de los valores morales, las actitudes sociales y los comportamientos humanos. En una palabra, el joven tendrá que situarse, y eso le llevará al menos quince años.

Semejante perspectiva no es muy reconfortante. Nadie la acepta sin echar pestes. ¡Cómo!, se dice el joven licenciado, ¿voy a tener que pasarme los días detrás de esos despachos acristalados en vez de ir a pasear por los prados floridos? ¿Voy a descubrirme lleno de esperanzas en vísperas de ascensos? ¿Voy a calcular, intrigar, tascar el freno, yo que soñaba con poesía, con trenes nocturnos, con arenas cálidas? Y, creyendo consolarse, cae en la trampa de las ventas a plazos. Entonces, queda atrapado, y muy atrapado: no tiene otro remedio que armarse de paciencia. Pero ¡ay!, al llegar al final de sus penas, el joven ya no es tan joven, y, para colmo de desgracias, podrá incluso percatarse de que su vida ya está pasada, de que no era más que su esfuerzo y no su meta y, hasta, si es demasiado sensato, demasiado prudente

—pues su lenta ascensión le habrá dado una sana experiencia— para decirse tales cosas, no por ello será menos cierto que habrá llegado a la edad de cuarenta años, y que la instalación de sus residencias principal y segunda, y la educación de sus hijos, habrán bastado para llenar las pocas horas que no habrá dedicado al trabajo...

La impaciencia, se dijeron Jérôme y Sylvie, es una virtud del siglo xx. A los veinte años, cuando hubieron visto, o creído ver, lo que podía ser la vida, la suma de dichas que encerraba, las infinitas conquistas que permitía, etc., supieron que no tendrían la fuerza de esperar. Podían llegar, ni más ni menos que los otros, pero lo único que querían era haber llegado. Sin duda eso era lo que se ha convenido en llamar intelectuales.

Pues todo les decía que andaban errados, y, en primer lugar, la vida misma. Querían gozar de la vida, pero, en torno a ellos, el goce se confundía con la propiedad. Querían permanecer disponibles, y casi inocentes, pero los años pasaban de todos modos, y no les aportaban nada. Los otros acababan por no ver en la riqueza más que un fin, pero ellos no tenían ni una perra.

Se decían que no eran los más infelices. Tal vez tenían razón. Pero la vida moderna excitaba su propia desdicha, mientras borraba la desdicha de los otros: los otros estaban en el buen camino. Ellos no eran gran cosa: unos pelados, unos francotiradores, unos lunáticos. Es verdad, por otra parte, que en cierto modo el tiempo trabajaba en su favor y que tenían del mundo posibles imágenes que podían parecer exaltantes. Era un consuelo que convenían en juzgar ruin.

Se habían instalado en lo provisional. Trabajaban como otros estudian; elegían sus horarios. Paseaban como sólo los estudiantes saben pasear.

Pero los peligros les acechaban por todas partes. Hubieran querido que su historia fuera la historia de la dicha, pero sólo era, demasiado a menudo, la de una dicha amenazada. Aún eran jóvenes, pero el tiempo pasaba rápido. Un estudiante mayor es algo siniestro; un fracasado, un mediocre, es más siniestro aún. Tenían miedo.

Tenían tiempo libre; pero el tiempo trabajaba también en contra suya. Había que pagar el gas, la electricidad, el teléfono. Había que comer, cada día. Había que vestirse, había que pintar las paredes, mudar las sábanas, llevar la ropa a lavar, hacer planchar las camisas, comprar los zapatos, tomar el tren, comprar los muebles.

A veces, lo económico los devoraba completamente. No paraban de pensar en ello. Su misma vida afectiva, en gran medida, dependía estrechamente de ello. Todo indicaba que, cuando eran un poco ricos, cuando andaban holgados, su felicidad común era indestructible; ninguna exigencia parecía limitar su amor. Sus gustos, su fantasía, su inventiva, sus apetitos se confundían en una libertad idéntica. Pero esos momentos eran privilegiados; lo más frecuente era que tuvieran que luchar: a las primeras señales de déficit, no era raro que se alzaran uno contra otro. Se enfrentaban por nada, por cien francos malgastados, por un par de medias, por unos platos sin fregar. Entonces, durante largas horas, durante días enteros, no se hablaban. Comían uno frente a otro, deprisa, cada cual por su lado, sin mirarse. Se sentaban cada uno en un ángulo del diván, medio vueltos de espaldas. Uno u otro hacía interminables solitarios.

Entre ellos se alzaba el dinero. Era un muro, una especie de tope con el que chocaban a cada instante. Era algo peor que la miseria: los apuros, las estrecheces, la escasez. Vivían el mundo cerrado de su vida cerrada, sin porvenir, sin más salidas que unos milagros imposibles, unos sueños necios, sin pies ni cabeza. Se ahogaban. Se sentían hundidos.

Es cierto que podían hablar de otra cosa, de un libro recién publicado, de un director de cine, de la guerra, o de los otros, pero les parecía a veces que sus únicas *verdaderas* conversaciones se referían al dinero, al confort, a la felicidad. Entonces subía el tono, crecía la tensión. Hablaban, y, mientras hablaban, sentían todo lo que había en ellos de imposible, de inasequible, de miserable. Se ponían nerviosos; aquello los concernía demasiado; se sentían atacados, implícitamente, el uno por el otro. Construían proyectos de vacaciones, de viajes, de pisos, y luego los destruían con rabia: les parecía que su vida más real se manifestaba en su aspecto verdadero como algo inconsistente, inexistente. Entonces callaban, y su silencio estaba lleno de rencor; estaban resentidos contra la vida, y a veces tenían la debilidad de estarlo uno

contra otro; pensaban en sus carreras abandonadas, en sus vacaciones sin atractivo, en su vida mediocre, en su piso atestado, en sus sueños imposibles. Se miraban, se encontraban feos, mal vestidos, sin soltura, ceñudos. Cerca de ellos, por las calles, se deslizaban los coches lentamente. En las plazas se iban encendiendo sucesivamente los anuncios de neón. En las terrazas de los cafés, los clientes parecían peces satisfechos. Detestaban a la gente. Regresaban a casa andando, cansados. Se acostaban sin decirse una palabra.

Bastaba que algo fallase, un día, que se cerrara una agencia, o que los consideraran demasiado viejos, o demasiado irregulares en su trabajo, o que uno se pusiera enfermo, para que todo se viniera abajo. No tenían nada ante ellos, nada detrás. Pensaban a menudo en este motivo de angustia. No se les iba de la cabeza, a pesar suyo. Se veían sin trabajo durante meses enteros, aceptando para sobrevivir faenas irrisorias, pidiendo préstamos, mendigando. Entonces pasaban, a veces, momentos de desesperación intensa: soñaban con oficinas, plazas fijas, jornadas regulares, un estatuto definido. Pero estas imágenes inversas los desesperaban tal vez más: no conseguían reconocerse, les parecía, en el rostro, aun resplandeciente, de un sedentario; decidían que odiaban las jerarquías y que las soluciones, milagrosas o no, vendrían de otra parte, del mundo, de la Historia. Seguían su vida tambaleante: correspondía a su inclinación natural. En un mundo lleno de imperfecciones, no era, con seguridad, la más imperfecta. Vivían al día; gastaban en tres horas lo que habían tardado tres días en ganar; a menudo pedían dinero prestado; comían patatas fritas horrendas, fumaban juntos su último cigarrillo, buscaban a veces durante horas un ticket de metro, llevaban camisas arregladas, oían discos gastados, viajaban en autostop, y pasaban, aún con bastante frecuencia, cinco o seis semanas sin cambiar las sábanas. No estaban lejos de pensar que, a fin de cuentas, aquella vida tenía su encanto.

Cuando evocaban juntos su vida, sus costumbres, su futuro, cuando, con una especie de frenesí, se entregaban por entero al desenfreno de los mundos mejores, a veces se decían, con una melancolía un poco prosaica, que no tenían las ideas claras. Fijaban en el mundo una mirada borrosa, y la lucidez que invocaban iba acompañada a menudo de fluctuaciones inciertas, componendas ambiguas y consideraciones variadas que atenuaban, minimizaban, o incluso desvalorizaban, con una buena voluntad, pese a todo, evidente.

Les parecía que ésta era una vía, o una ausencia de vía, que los definía perfectamente, y no sólo a ellos, sino a todos los de su edad. Algunas generaciones anteriores, se decían a veces, habían logrado alcanzar sin duda una conciencia más precisa a la vez de sí mismas y del mundo en que vivían. Quizá les hubiera gustado haber tenido veinte años durante la guerra de España, o durante la Resistencia: a decir verdad, les era cómodo hablar así; les parecía que los problemas que se planteaban entonces, los problemas que imaginaban que debían de plantearse, eran más claros, aun cuando la necesidad de responder a ellos fuera más apremiante; ellos tenían que enfrentarse con cuestiones llenas de trampas.

Era una nostalgia algo hipócrita: la guerra de Argelia había empezado con ellos, proseguía ante sus ojos. Apenas si los afectaba; actuaban a veces, pero rara vez se sentían obligados a actuar. Durante mucho tiempo, no pensaron que pudiera trastornar su vida, su futuro, sus concepciones. Tiempo atrás, eso había sido en parte verdad: sus años de estudiantes los habían visto participar, del modo más espontáneo, y a menudo casi entusiasta, en los mítines y manifestaciones callejeras que habían marcado el principio de la guerra, las movilizaciones de reservistas y, sobre todo, el advenimiento del gaullismo. Entonces se establecía una relación casi inmediata entre aquellas acciones, por limitadas que fuesen, y el objeto al que se aplicaban. Y no habría podido reprochárseles seriamente el haberse equivocado en aquella ocasión: la guerra continuó, el gaullismo se instaló. Jérôme y Sylvie dejaron de estudiar. En los medios publicitarios, generalmente situados, de un modo casi mitológico, a la izquierda, pero más fácilmente definibles por la tecnocracia, el culto a la eficiencia, a la modernidad, a la complejidad, la afición a la especulación prospectiva, la tendencia más bien demagógica a la sociología, y la opinión, bastante difundida aún, de que las nueve décimas partes de la gente era imbécil, capaz sólo de cantar las alabanzas de lo que fuera o de quien fuera en los medios publicitarios, pues resultaba de buen tono despreciar toda política a corto plazo, y no abarcar la Historia más que por siglos. Ocurrió, además, que de todas formas el gaullismo constituía una respuesta adecuada, infinitamente más dinámica de lo que, al principio y en todas partes, se había proclamado que sería, y cuyo peligro residía siempre fuera de donde se creía hallarlo.

La guerra proseguía, sin embargo, aunque no les pareciese más que un episodio, un hecho casi secundario. Es cierto que tenían mala conciencia. Pero, a fin de

cuentas, sólo se sentían responsables en la medida en que, antes, se habían considerado concernidos, o bien porque compartían, casi por la fuerza de la costumbre, imperativos morales de un alcance muy general. Esta indiferencia hubiera podido darles la medida de la vanidad, o quizá incluso de la cobardía, de muchas de sus pasiones. Pero el problema no era éste: habían visto, casi con sorpresa, como algunos de sus amigos participaban, tímidamente o con entusiasmo, en la ayuda al FLN. No habían entendido el porqué y no lograban tomarse en serio ni una explicación romántica, que más bien los divertía, ni una explicación política, que les resultaba casi incomprensible. Por su parte, habían resuelto el problema de una manera mucho más sencilla: Jérôme y tres amigos suyos, gracias a ayudas preciosas y certificados de favor, lograron a tiempo que los declararan inútiles para el servicio.

Fue, no obstante, la guerra de Argelia, y sólo ella, la que durante casi dos años los protegió de sí mismos. Después de todo, habrían podido envejecer peor o más deprisa. Pero no fue ni su decisión, ni su voluntad, ni siquiera, pese a lo que dijeran, su sentido del humor, lo que les permitió escapar, por algún tiempo aún, a un futuro que les gustaba pintar con los colores más sombríos. Los acontecimientos que en 1961 y en 1962, desde el putsch de Argel hasta la matanza de Charonne, marcaron el final de la guerra, les hicieron olvidar, o más bien poner entre paréntesis, momentáneamente pero con una eficacia singular, sus preocupaciones cotidianas. Los pronósticos más pesimistas, el miedo a no salir adelante, a acabar en lo nauseabundo, en lo mezquino, aparecieron, ciertos días, como mucho menos temibles que lo que sucedía ante sus ojos, como lo que los amenazaba cada día.

Fue una época triste y violenta. Las amas de casa acaparaban kilos de azúcar, botellas de aceite, latas de atún, café, leche condensada. Escuadras de guardias móviles, cubiertos con cascos, vestidos con chubasqueros negros, calzados con borceguíes, mosquetón en mano, recorrían lentamente el bulevar Sébastopol.

Porque en el asiento trasero de sus coches había a menudo algunos números atrasados de periódicos que cabía muy bien pensar que ciertos individuos suspicaces juzgarían desmoralizadores, subversivos o simplemente liberales —*Le Monde*, *Libération*, *France-Observateur*—, más de una vez, a Jérôme, Sylvie o sus amigos les entraban temores furtivos y tenían alucinaciones inquietantes: les espiaban, les tendían una trampa: cinco legionarios bebidos los sacudían bestialmente y los dejaban por muertos en el suelo húmedo, a la vuelta de una calle oscura en un barrio de mala fama...

Esta irrupción de la tortura en su vida cotidiana, que a veces se hacía obsesiva y que, pensaban ellos, era característica de cierta actitud colectiva, confería a los días, a los acontecimientos, a las ideas, un tinte particular. Imágenes de sangre, de explosión, de violencia, de terror, los acompañaban de continuo. Algunos días, podía parecer que estaban dispuestos a todo; pero, al día siguiente, la vida era frágil, el porvenir

sombrío. Soñaban con el exilio, el campo, lentos cruceros. Les hubiera gustado vivir en Inglaterra, donde la policía tenía fama de ser respetuosa con las personas. Y durante todo el invierno, a medida que se hacía inminente el alto el fuego, soñaron con la primavera próxima, las vacaciones próximas, el año siguiente, cuando, como decían los periódicos, se habrían aplacado las pasiones fratricidas, cuando de nuevo sería posible callejear, pasear de noche, con el corazón tranquilo, el cuerpo sano y salvo.

La presión de los acontecimientos los llevó a tomar posición. Es cierto que su compromiso no fue más que epidérmico; en ningún momento se sintieron fundamentalmente implicados; su conciencia política, en la medida en que existía como tal, como forma organizada y reflexiva, y no como magma de opiniones más o menos orientadas, se situaba, creían ellos, más acá o más allá del problema argelino, en el plano de opciones más utópicas que reales, en el plano de debates generales que tenían pocas posibilidades, lo reconocían aun sintiéndolo, de desembocar en una práctica concertada. Con todo, se adhirieron al comité antifascista que acababa de fundarse en su barrio. Alguna vez se levantaron a las cinco de la madrugada para ir, con tres o cuatro más, a pegar carteles para exhortar a la gente a permanecer alerta, denunciar a los culpables y los cómplices, estigmatizar los cobardes atentados, honrar a las víctimas inocentes. Pidieron firmas en todas las casas de su calle, fueron, tres o cuatro veces, a montar guardia ante edificios amenazados.

Participaron en algunas manifestaciones. Aquellos días los autobuses circulaban sin placas, los cafés se cerraban pronto, la gente se daba prisa en volver a casa. Tenían miedo todo el día. Salían intranquilos. Eran las cinco, caía una lluvia fina. Miraban a los otros manifestantes con sonrisillas crispadas, buscaban a sus amigos, trataban de hablar de otras cosas. Luego se formaban los cortejos, echaban a andar, se paraban. Desde el centro de su grupo veían, delante de ellos, una gran zona de asfalto húmedo y lúgubre, luego, en toda la anchura del bulevar, la línea negra, densa, de la policía antidisturbios. Filas de camiones azul oscuro, de cristales enrejados, pasaban a lo lejos. Andaban despacio, cogidos de la mano, húmedos de sudor, apenas se atrevían a gritar, se dispersaban corriendo a la primera señal.

No era gran cosa. Eran los primeros en tener conciencia de ello y se preguntaban a menudo, en medio del tumulto, qué hacían allí, con el frío, la lluvia, en aquellos barrios tétricos, la Bastille, la Nation, el Hôtel de Ville. Les hubiera gustado que algo les probase que lo que hacían era importante, necesario, irremplazable, que sus esfuerzos temerosos tenían un sentido para ellos, eran algo que necesitaban, algo que podía ayudarlos a conocerse, a transformarse, a vivir. Pero no; su verdadera vida estaba en otra parte, en un futuro próximo o lejano, lleno de amenazas también, pero de amenazas más sutiles, más solapadas: trampas impalpables, redes encantadas.

El atentado de Issy-les-Moulineaux y la breve manifestación que siguió marcaron el final de sus actividades militantes. El comité antifascista de su barrio se reunió una vez más y se comprometió a intensificar su acción. Pero, en vísperas de vacaciones,

la simple vigilancia parecía no tener ya razón de ser.

No habrían sabido decir exactamente qué había cambiado con el final de la guerra. Durante mucho tiempo les pareció que la única impresión que podían experimentar era la de un acabamiento, un final, una conclusión. No un *happy end*, no un golpe de efecto, sino, por el contrario, un final lánguido, melancólico, que dejaba tras de sí una sensación de vacío, de amargura, anegando los recuerdos en la sombra. Había pasado, había huido tiempo; había concluido una época; había vuelto la paz, una paz que ellos nunca habían conocido; la guerra se acababa. De golpe siete años se hundían en el pasado: sus años de estudiantes, los años de sus encuentros, los mejores años de su vida.

Quizá no había cambiado nada. A veces, todavía, se asomaban a sus ventanas, miraban el patio, los pequeños jardines, el castaño de Indias, oían cantar los pájaros. Otros libros, otros discos habían venido a apilarse en los estantes inseguros. La aguja del tocadiscos empezaba a estar gastada.

Su trabajo seguía siendo el mismo: repetían las mismas encuestas de tres años atrás: ¿Cómo se afeita? ¿Les da betún a los zapatos? Habían visto y vuelto a ver películas, hecho algún viaje, descubierto otros restaurantes. Habían comprado camisas y zapatos, jerséis y faldas, platos, sábanas, chucherías.

Lo que había de nuevo era tan insidioso, tan vago, tan ligado a su única historia, a sus sueños. Estaban allí. Habían envejecido, sí. Ciertos días tenían la impresión de que aún no habían empezado a vivir. Pero la vida que llevaban les parecía cada vez más frágil, efímera, y se sentían sin fuerzas, como si la espera, los apuros, las estrecheces los hubieran desgastado, como si todo hubiera sido natural: los deseos insatisfechos, las alegrías imperfectas, el tiempo perdido.

A veces, hubiesen querido que todo durara, que nada cambiara. No tendrían más que abandonarse. Su vida los mecía. Se extendería al hilo de los meses, a lo largo de los años, sin cambiar, casi, sin forzarlos nunca. No sería más que la sucesión armónica de los días y las noches, una modulación casi imperceptible, la repetición incesante de los mismos temas, una dicha continua, un sabor perpetuado que ningún trastorno, ningún suceso trágico, ninguna peripecia pondrían ya en tela de juicio.

Otras veces, no podían más. Querían pelear y vencer. Querían luchar, conquistar su felicidad. Pero ¿cómo luchar? ¿Contra quién? ¿Contra qué? Vivían en un mundo extraño y tornasolado, el universo espejeante de la civilización mercantil, las prisiones de la abundancia, las trampas fascinantes de la dicha.

¿Dónde estaban los peligros? ¿Dónde estaban las amenazas? Millones de hombres lucharon antaño, e incluso luchaban aún, por pan. Jérôme y Sylvie no creían que se pudiera luchar por divanes Chesterfield. Pero, no obstante, hubiera sido la consigna que los habría movilizado más fácilmente. Pensaban que nada los concernía en los programas, en los planes: no les importaban las jubilaciones anticipadas, las vacaciones alargadas, los almuerzos gratuitos, las semanas de treinta horas. Querían

la superabundancia; soñaban con platinas Clément, con playas desiertas para ellos solos, con viajes alrededor del mundo, con grandes hoteles.

El enemigo era invisible. O, mejor dicho, estaba en ellos, los había podrido, gangrenado, destrozado. Eran los que pagan el pato. Criaturas dóciles, fieles reflejos del mundo que se mofaba de ellas. Estaban hundidos hasta el cuello en una tarta de la que sólo obtendrían las migajas.

Durante mucho tiempo las crisis que habían sufrido apenas habían alterado su buen humor. No les parecían fatales; no hacían peligrar nada. Se decían a menudo que la amistad los protegía. La cohesión del grupo constituía una garantía segura, una referencia estable, una fuerza con la que podían contar. Sentían que tenían razón porque se sabían solidarios, y nada les gustaba tanto como estar reunidos en casa de uno u otro, ciertos fines de mes particularmente difíciles, sentados a la mesa en torno a una cazuela de patatas con tocino, y compartiendo, lo más fraternalmente posible, sus últimos cigarrillos.

Pero las amistades, también, se deshilachaban. Ciertas tardes, en el campo cerrado de sus cuartos exigüos, las parejas reunidas se enfrentaban con la mirada y la voz. Ciertas tardes, comprendían por fin que su hermosa amistad, su vocabulario casi iniciático, sus gags íntimos, aquel mundo común, aquel lenguaje común, aquellos gestos comunes que habían forjado, no remitían a nada: era un universo encogido, un mundo acabado que no desembocaba en nada. Su vida no era conquista, era desmoronamiento, dispersión. Comprendían, entonces, hasta qué punto estaban condenados a la costumbre, a la inercia. Se aburrían juntos, como si entre ellos nunca hubiera habido nada más que el vacío. Durante mucho tiempo, los juegos de palabras, las borracheras, los paseos por los bosques, las comilonas, las largas discusiones sobre una película, los proyectos, los cotilleos les habían hecho las veces de aventura, de historia, de verdad. Pero no eran más que frases huera, gestos vacíos, sin densidad, sin abertura, sin futuro, palabras mil veces repetidas, manos mil veces estrechadas, un ritual que no les protegía ya.

Entonces se pasaban una hora intentando ponerse de acuerdo sobre la película que irían a ver. Hablaban para no decir nada, jugaban a las adivinanzas o a los retratos chinos. Cada pareja, al quedarse sola, hablaba amargamente de las demás, y a veces de sí misma; evocaba con nostalgia su juventud pasada; se acordaba de haber sido entusiasta, espontánea, rica en proyectos verdaderos, imágenes suntuosas, deseos. Soñaba con amistades nuevas, pero apenas si lograba imaginárselas.

Lentamente, pero con una evidencia inexorable, se deshizo el grupo. De un modo a veces brutalmente repentino, en unas semanas apenas, para algunos resultó evidente que ya nunca más sería posible la vida de antaño. La lasitud era demasiado fuerte. El mundo circundante, demasiado exigente. Los que habían vivido en habitaciones sin agua, habían almorzado con un cuarto de barra de pan, habían creído vivir como se

les antojaba, habían tirado de la cuerda sin que nunca se rompiera, un buen día echaban raíces; casi naturalmente, casi objetivamente, se imponía la tentación de un trabajo estable, de una plaza sólida, de primas, de mensualidades dobles.

Uno tras otro, sucumbieron casi todos los amigos. Al tiempo de la vida sin amarras sucedían los tiempos de la seguridad. No podemos seguir así toda la vida, decían. Y ese *así* era al tiempo un gesto vago: la vida de juerga continua, las noches demasiado cortas, las patatas, las chaquetas raídas, las obligaciones, los metros.

Poco a poco, sin darse realmente cuenta, Jérôme y Sylvie se encontraron casi solos. La amistad sólo era posible, creían, cuando se ayudaban de veras, cuando llevaban la misma vida. Pero que una pareja adquiriera de pronto lo que para la otra era casi la fortuna, o la promesa de una fortuna futura, y la otra, por su parte, prefiriera conservar su libertad, eran dos mundos que parecían enfrentarse. Ya no eran riñas pasajeras, sino quiebras, grietas profundas, heridas que no se cerraban por sí solas. Una desconfianza, que, meses atrás, hubiera sido imposible, se instalaba en sus relaciones. Se hablaban forzados; parecían desafiarse a cada momento.

Jérôme y Sylvie fueron severos, fueron injustos. Hablaron de traición, de abdicación. Presenciaron, complacidos, los estragos fulminantes que el dinero, decían, causaba en los que se lo habían sacrificado todo y que ellos creían evitar aún. Vieron cómo sus antiguos amigos se instalaban, casi sin notarlo, casi demasiado bien, en una jerarquía rígida, y se adherían, sin vacilar, al mundo en el que entraban. Los vieron rebajarse, insinuarse, tomarse en serio su poder, su influencia, su responsabilidad. A través de ellos creían descubrir el reverso exacto de su propio mundo: el que justificaba, globalmente, el dinero, el trabajo, la publicidad, las competencias, un mundo que valoraba la experiencia, un mundo que los negaba, el mundo serio de los ejecutivos, el mundo del poder: no estaban lejos de pensar que a sus antiguos amigos los estaban timando.

Ellos no despreciaban el dinero. Quizá, por el contrario, les gustaba demasiado: les hubiera gustado la solidez, la certeza, la vía límpida hacia el futuro. Estaban atentos a todos los signos de la permanencia: querían ser ricos. Y si se negaban aún a enriquecerse, era porque ya no tenían necesidad de salario: su imaginación, su cultura sólo los autorizaba a pensar en millones.

Paseaban a menudo de noche, aspiraban el viento, se pegaban a los escaparates. Dejaban tras ellos el distrito 13, muy próximo, del que casi no conocían más que la avenida de Les Gobelins, debido a sus cuatro cines, evitaban la tétrica calle Cuvier, que sólo los hubiera llevado a las inmediaciones más tétricas aún de la estación de Austerlitz, y tiraban casi invariablemente por la calle Monge, luego la calle de Les Écoles, para ir a parar a Saint-Michel, Saint-Germain, y de allí, según los días o las estaciones, al Palais-Royal, la Opéra, o la estación Montparnasse, Vavin, la calle de Assas, Saint-Sulpice, el Luxembourg. Andaban despacio. Se paraban delante de cada anticuario, fijaban los ojos en los escaparates oscuros, distinguían, a través de las rejas, los reflejos rojizos de un sofá de piel, el decorado de hojas de un plato o una

fuelle de loza, el brillo de un vaso tallado o de una palmatoria de cobre, la finura torneada de una silla de rejilla.

De parada en parada, anticuarios, librerías, tiendas de discos, menús de los restaurantes, agencias de viaje, camiserías, sastrerías, queserías, zapaterías, confiterías, salchicherías de lujo, papelerías, sus itinerarios componían su verdadero universo: allí dormían sus ambiciones, sus esperanzas. Allí estaba la verdadera vida, la vida que querían conocer, que querían llevar: para aquellos salmone, para aquellas alfombras, para aquellos cristales, los habían traído al mundo, veinticinco años atrás, una dependienta y una peluquera.

Cuando, al día siguiente, de nuevo los machacaba la vida, cuando volvía a ponerse en marcha la gran máquina publicitaria de la que eran minúsculos peones, les parecía que no habían olvidado del todo las maravillas difuminadas, los secretos desvelados de su ferviente búsqueda nocturna. Se sentaban frente a aquella gente que cree en las marcas, los eslóganes, las imágenes que se le enseñan, y que come grasa de buey troceado encontrando delicioso el perfume vegetal y el olor a avellana (pero acaso también ellos, sin saber muy bien por qué, con la sensación curiosa, casi inquietante, de que había algo que no entendían, ¿no juzgaban bellos ciertos carteles, estupendos ciertos eslóganes, geniales ciertas propagandas filmadas?). Se sentaban y ponían en marcha sus magnetófonos, decían hmm hmm en el tono adecuado, trucaban sus entrevistas, precipitaban sus análisis, soñaban, confusamente, con otra cosa.

¿Cómo hacer fortuna? Era un problema insoluble. Y sin embargo, cada día, al parecer, individuos aislados lograban resolverlo perfectamente por su propia cuenta. Y aquellos ejemplos dignos de imitar, garantía eterna del vigor intelectual y moral de Francia, de rostros risueños y sagaces, listos, voluntariosos, llenos de salud, decisión, modestia, eran otras tantas imágenes piadosas para la paciencia y la conducta de los demás, los que se estancan, no avanzan, tascan el freno, muerden el polvo.

Lo sabían todo de la ascensión de aquellos amados por la Fortuna, caballeros de la industria, politécnicos íntegros, tiburones de las finanzas, literatos sin tachaduras, trotamundos pioneros, vendedores de sopa en sobres, prospectores de suburbio, crooners, playboys, buscadores de oro, amasadores de millones. Su historia era simple. Eran aún jóvenes y habían seguido siendo guapos con la chispita de la experiencia en las pupilas, las sienes grises de los años negros, la sonrisa abierta y cálida que ocultaba dientes largos, los pulgares oponibles, la voz seductora.

Se veían bien en aquellos papeles. Tendrían tres actos en el fondo de un cajón. Su jardín contendría petróleo, uranio. Vivirían mucho tiempo en la miseria, la escasez, la incertidumbre. Soñarían con tomar, aunque sólo fuera una vez, el metro en primera clase. Y luego, de pronto, brutal, desenfrenada, inesperada, estallando como un trueno: ¡la fortuna! Su obra sería aceptada, su yacimiento descubierto, su genio confirmado. Lloverían los contratos a porrillo y ellos encenderían sus habanos con billetes de mil.

Sería una mañana como las otras. Por debajo de la puerta de la calle alguien habría deslizado tres sobres, largos y estrechos, con membretes imponentes, grabados en relieve, con sobrescritos precisos y regulares, impresos en una IBM dirección. Les temblarían un poco las manos al abrirlos: serían tres cheques, con una retahíla de cifras. O bien, una carta:

«Muy señor nuestro:

»Habiendo muerto su tío, el señor Podevin, *ab intestato*...»

y se pasarían la mano por la cara, dudando de lo que veían, creyendo soñar aún; abrirían la ventana de par en par.

Así soñaban los benditos imbéciles: con herencias, el gordo de la lotería, las quinielas. Desbancado Montecarlo; una cartera olvidada en una red en un vagón desierto; fajos de billetes grandes; un collar de perlas en una docena de ostras. O bien, un par de sillones Boulle en casa de un labrador analfabeto de Poitou.

Los arrebatában grandes impulsos. A veces, durante horas enteras, durante días, se adueñaba de ellos un anhelo frenético de ser ricos, enseguida, inmensamente, para siempre, y no los dejaba ya. Era un deseo loco, morbosos, opresivo, que parecía regir el menor de sus gestos. La fortuna se convertía en su opio. Se embriagaban con ella. Se entregaban sin comedimiento a los delirios de la imaginación. Adondequiera que fuesen, sólo prestaban atención al dinero. Tenían pesadillas con millones de joyas.

Frecuentaban las grandes subastas de Drouot, de Galliera. Se mezclaban con los caballeros que, con un catálogo en la mano, examinaban los cuadros. Veían dispersarse pasteles de Degas, sellos únicos, monedas de oro estúpidas, frágiles ediciones de La Fontaine o de Crébillon suntuosamente encuadradas por Lederer, muebles admirables con la marca de Claude S  n   o de Oehlenberg, tabaqueras de oro y esmalte. El subastador los iba presentando sucesivamente; algunas personas de aire grave se acercaban a husmearlos; un murmullo recorría la sala. Empezaba la puja. Los precios subían. Luego, ca  a el martillo: se había terminado, el objeto desaparecía, cinco o diez millones pasaban al alcance de sus manos.

En ocasiones seguían a sus compradores; aquellos felices mortales no eran en la mayoría de los casos más que subordinados, dependientes de anticuarios, secretarios particulares, hombres de paja. Los llevaban al umbral de casas austeras, en la vía Oswaldo-Cruz, en el bulevar Beaus  jour, en la calle Masp  ro, en la calle Spontini, en la villa Sa  id, en la avenida del Roule. Más allá de las verjas, de los matorrales de boj, de las avenidas de gravilla, unas cortinas a veces imperfectamente corridas dejaban entrever grandes estancias apenas claras: distinguían los vagos contornos de los divanes y los sillones, las manchas imprecisas de una tela impresionista. Y volvían a marcharse, pensativos, irritados.

Un día, incluso soñaron con robar. Se imaginaron mucho rato, vestidos de negro, con una diminuta linterna en la mano, unas pinzas, un diamante de vidriero en el bolsillo, penetrando, entrada la noche, en un edificio, dirigiéndose a los sótanos, forzando la cerradura elemental de un montacargas, llegando a la cocina. Ser  a el piso de un diplomático en misión, un financiero corrupto de gusto, con todo, perfecto, un gran diletante, un aficionado entendido. Conocer  an los menores rincones. Sabr  an dónde encontrar la pequeña Virgen del siglo XII, el panel oval de Sebastiano del Piombo, la aguada de Fragonard, los dos pequeños Renoir, el pequeño Boudin, el Atlan, el Max Ernst, el De Stael, las monedas, las cajas de música, las bomboneras, la vajilla de plata, los azulejos de Delft. Sus gestos ser  an precisos y decididos, como si los hubieran ensayado varias veces. Se desplazar  an sin prisas, seguros de sí mismos, eficientes, imperturbables, flemáticos, Arsenios Lupin de los tiempos modernos. No les temblar  a un solo músculo de la cara. Una a una romper  an las vitrinas; una a una descolgar  an las telas de la pared, desclavadas de sus marcos.

Abajo los esperar  a su coche. Habrían llenado el depósito la víspera. Sus

pasaportes estarían en regla. Desde mucho tiempo atrás se habrían preparado para partir. Sus baúles los esperarían en Bruselas. Tomarían la ruta de Bélgica, pasarían la frontera sin problemas. Luego, poco a poco, sin precipitación, en Luxemburgo, en Amberes, en Amsterdam, en Londres, en Estados Unidos, en América del Sur, venderían el botín. Darían la vuelta al mundo. Errarían mucho tiempo, a su antojo. Se fijarían por último en un país de clima agradable. Comprarían en alguna parte, a orillas de los lagos italianos, en Dubrovnik, en las Baleares, en Cefalú, una gran casa de piedra blanca, perdida en medio de un parque.

No hicieron nada, por supuesto. Ni tan sólo compraron un número de la lotería. A lo sumo pusieron en sus partidas de póquer —que descubrían entonces y que se estaban convirtiendo en el último refugio de sus amistades cansadas— un ardor que, en ciertos momentos, podía parecer sospechoso. Jugaron, algunas semanas, hasta tres o cuatro partidas, y cada una los tenía despiertos hasta las primeras horas del día. Jugaban poco, tan poco que sólo les quedaba la emoción anticipada del riesgo y la ilusión de la ganancia. No obstante, cuando con dos míseras parejas, o, mejor aún, con una falsa escalera de color, habían echado sobre la mesa, de una vez, un gran puñado de fichas que valían, como mínimo, trescientos francos (antiguos), y se habían llevado las apuestas, cuando habían apostado seiscientos francos, los habían perdido en tres veces, los habían vuelto a ganar, y mucho más, en seis, una leve sonrisa de triunfo les cruzaba por la cara: habían forzado la suerte; su exiguo valor había dado sus frutos; poco les faltaba para sentirse héroes.

Una encuesta agrícola los llevó por toda Francia. Fueron a Lorena, a Saintonge, a Picardía, a Beauce, a Limagne. Vieron a notarios de rancio abolengo, mayoristas cuyos camiones surcaban la cuarta parte de Francia, industriales prósperos, gentlemen-farmers a los que escoltaba siempre una jauría de grandes perros rojos y factótums en acecho.

Los graneros rebosaban de trigo; en los grandes patios adoquinados, los tractores rutilantes estaban frente a los coches negros de los dueños. Cruzaban el comedor de los trabajadores, la gigantesca cocina donde se afanaban las mujeres, la sala común de entarimado amarillento, por donde nadie se desplazaba sin suelas de fieltro, con su chimenea imponente, el televisor, los sillones de orejeras, las arcas de roble claro, los recipientes de cobre, de estaño, las vasijas de loza. Al final de un pasillo estrecho, todo impregnado de olores, una puerta se abría al despacho. Era una estancia casi pequeña de tan repleta como estaba. Al lado de un viejo teléfono de manivela, colgado de la pared, un planning resumía la vida de la explotación, las siembras, los proyectos, los presupuestos, los vencimientos; un trazado elocuente daba prueba de rendimientos récords. En una mesa atestada de recibos, hojas de salarios, cuentas, papelotes, un registro encuadernado en tela negra, abierto por la fecha del día, dejaba ver largas columnas de una contabilidad próspera. Diplomas enmarcados —toros, vacas lecheras, cerdas premiados— acompañaban fragmentos de catastros, mapas de estado mayor, fotografías de rebaños y aves de corral, prospectos en cuatricomía de tractores, trilladoras, cosechadoras, sembradoras.

Allí enchufaban sus magnetófonos. Se informaban gravemente de la inserción de la agricultura en la vida moderna, de las contradicciones de la explotación rural francesa, del granjero de mañana, del Mercado Común, de las decisiones gubernamentales en materia de trigo y remolacha, de la estabulación libre y la paridad de los precios. Pero su mente estaba en otra parte. Se veían ir y venir por la casa abandonada. Subían escaleras enceradas, penetraban en habitaciones con postigos cerrados que olían a humedad. Bajo fundas de tela parda descansaban muebles venerables. Abrían armarios de tres metros de altura, llenos de sábanas perfumadas con espliego, tarros, cubertería de plata.

En la penumbra de los desvanes descubrían tesoros insospechados. En los sótanos interminables los esperaban las cubas y las barricas, las jarras llenas de aceite y miel, los toneles de salazones, los jamones ahumados al enebro, los barrilitos de orujo.

Deambulaban por el lavadero sonoro, la leñera, la carbonera, el maduradero donde, en cañizos superpuestos, se alineaban sin fin manzanas y peras, la lechería de olores agrios donde se amontonaban las pellas de mantequilla tierna gloriosamente marcadas con una señal húmeda, los cántaros de leche, los cuencos de nata líquida, de

queso blanco, de *cancoillotte*.²

Cruzaban establos, cuadras, talleres, fraguas, cobertizos, hornos donde se cocían enormes hogazas, silos atiborrados de sacos, garajes.

Desde la cúspide de la torre de aguas veían la granja entera, que encerraba en sus cuatro lados el gran patio adoquinado, con sus dos portaladas en ojiva, el corral, la pocilga, los bancales de hortalizas, los árboles frutales, la carretera bordeada de plátanos que llevaba a la nacional y, en torno, hasta el infinito, las grandes estrías amarillas de los trigales, las arboledas, la maleza, los pastizales, las rayas negras, rectilíneas, de las carreteras por las que a veces corría el centelleo de un coche, y la línea sinuosa de los álamos al borde de un río encajonado, casi invisible, que se perdía en el horizonte hacia unas colinas brumosas.

Entonces, a borbotones, surgían otros espejismos. Había mercados inmensos, interminables galerías comerciales, restaurantes increíbles. Todo lo que se come y todo lo que se bebe les era ofrecido. Había cajas, banastas, serones, cestas rebosantes de gruesas manzanas amarillas o rojas, peras oblongas, uvas violeta. Había puestos de mangos e higos, melones y sandías, limones, granadas, sacos de almendras, nueces, pistachos, cajas de pasas de Esmirna y Corinto, plátanos secados, frutas en dulce, dátiles secos amarillos y translúcidos.

Había salchicherías, templos de mil columnas de techos cargados de jamones y embutidos, antros oscuros donde se apilaban montañas de chicharrones, morcillas enrolladas como cabos, barriles de choucroute, de aceitunas violáceas, de anchoas en sal, de pepinos dulces.

O bien, a cada lado de una calle, una doble hilera de cochinitos, jabalíes colgados de las patas, cuartos de buey, liebres, ocas cebadas, corzos de ojos vidriosos.

Cruzaban tiendas de ultramarinos llenas de olores deliciosos, pastelerías miríficas donde se alineaban cientos de tartas, cocinas resplandecientes con mil calderos de cobre.

Se hundían en la abundancia. Dejaban alzarse mercados colosales. Ante ellos surgían paraísos de jamones, quesos, licores. Se les ofrecían mesas puestas, adornadas con manteles deslumbrantes, con flores esparcidas en profusión, cubiertas de cristalerías y vajillas preciosas. Había docenas de patés empanados, terrinas, salmones, lucios, truchas, bogavantes, piernas de cordero con cintas de mangos de cuerno y plata, liebres y codornices, jabalíes humeantes, quesos como ruedas de molino, ejércitos de botellas.

Aparecían locomotoras, tirando de vagones llenos de vacas gordas; aparcaban camiones de ovejas que balaban, se apilaban como pirámides cajas de langostas. Millones de panes salían de miles de hornos. Los barcos descargaban toneladas de café.

Luego, más lejos aún —y ellos entornaban los ojos—, en medio de los bosques y

las extensiones de césped, a lo largo de los ríos, en las puertas de los desiertos, o dominando el mar, en amplias plazas pavimentadas de mármol, veían alzarse bloques de casas de cien plantas.

Bordeaban las fachadas de acero, de maderas preciosas, de vidrio, de mármol. En el vestíbulo central, a lo largo de una pared de vidrio tallado que lanzaba a la urbanización entera millones de arcos iris, brotaba de la planta cincuenta una cascada que rodeaban las vertiginosas espirales de dos escaleras de aluminio.

Subían en ascensores. Seguían pasillos en forma de meandros, escalaban peldaños de cristal, recorrían galerías bañadas de luz, donde se alineaban, hasta perderse de vista, estatuas y flores, y por donde corrían arroyos límpidos, sobre cauces de guijarros multicolores.

Se abrían puertas ante ellos. Descubrían piscinas en pleno cielo, patios, salas de lectura, habitaciones silenciosas, teatros, pajareras, jardines, acuarios, museos minúsculos, ideados para su uso exclusivo, donde se exhibían, en las cuatro esquinas de una pequeña estancia de ángulos achaflanados, cuatro retratos flamencos. Unas salas no eran más que rocas, otras eran sólo junglas, en otras se rompían las olas del mar; por otras iban y venían pavos reales. Del techo de una sala circular pendían miles de oriflamas. Laberintos inagotables resonaban con músicas suaves; una sala de formas extravagantes no tenía, al parecer, otra función que provocar interminables ecos; el suelo de otra, según las horas del día, reproducía el esquema variable de un juego muy complicado.

En los sótanos inmensos, hasta perderse de vista, trabajaban dóciles máquinas.

Se abandonaban de maravilla en maravilla, de sorpresa en sorpresa. Les bastaba vivir, estar allí, para que se ofreciese el mundo entero. Sus navíos, sus trenes, sus cohetes surcaban el planeta entero. El mundo les pertenecía, con sus provincias cubiertas de trigo, sus mares abundantes en peces, sus cumbres, sus desiertos, sus campiñas floridas, sus playas, sus islas, sus árboles, sus tesoros, sus fábricas inmensas abandonadas hacía tiempo, sepultadas bajo tierra, donde se tejían para ellos las más bellas lanas, las sedas más deslumbrantes.

Conocían dichas sin fin. Se dejaban llevar a galope por caballos salvajes a través de grandes llanuras encrespadas por altas hierbas. Escalaban las cumbres más altas. Se deslizaban con esquíes por pendientes abruptas sembradas de enormes abetos. Nadaban en lagos inmóviles. Andaban bajo aguaceros respirando el olor de la hierba mojada. Se tendían al sol. Descubrían, desde una altura, globos cubiertos con flores campestres. Caminaban por bosques sin límites. Se amaban en habitaciones llenas de penumbra, de recias alfombras, de divanes profundos.

Luego soñaban con porcelanas preciosas, decoradas con pájaros exóticos, libros encuadernados en piel, impresos con caracteres elzevirianos en grandes hojas de papel Japón, con grandes márgenes blancos sin recortar donde descansaba

deliciosamente la mirada, mesas de caoba, prendas de seda o lino, suaves y confortables, llenas de colores, habitaciones espaciales y claras, ramos de flores, alfombras de Bujará, dobermans saltadores.

Sus cuerpos, sus ademanes eran infinitamente bellos, sus miradas serenas, sus corazones transparentes, sus sonrisas límpidas.

Y, en una breve apoteosis, veían construirse palacios gigantescos. En llanos nivelados ardían miles de hogueras, iban millones de hombres a cantar *El Mesías*. En terrazas colosales, diez mil instrumentos de metal tocaban el *Réquiem* de Verdi. Había poemas grabados en la ladera de las montañas. Surgían jardines en los desiertos. Ciudades enteras no eran más que frescos.

Pero aquellas imágenes centelleantes, todas aquellas imágenes que llegaban en tropel, que se precipitaban ante ellos, que fluían en una riada tumultuosa, inagotable, aquellas imágenes de vértigo, de rapidez, de luz, de triunfo, les parecía primero que se enlazaban con una necesidad sorprendente, según una armonía sin límites, como si ante sus ojos maravillados se hubiesen alzado de pronto un paisaje acabado, una totalidad espectacular y triunfal, una completa imagen del mundo, una organización coherente que, por fin, podían entender, descifrar. Les parecía primero que sus sensaciones se multiplicaban, que se ampliaban hasta el infinito sus facultades de ver y sentir, que una dicha maravillosa acompañaba el menor de sus gestos, ritmaba sus pasos, impregnaba su vida: el mundo iba hacia ellos, ellos salían al encuentro del mundo, no paraban de descubrirlo. Su vida era amor y embriaguez. Su pasión no conocía límites; su libertad ignoraba la coacción.

Pero se asfixiaban bajo el cúmulo de detalles. Las imágenes se esfumaban, se enturbiaban; sólo podían retener algunos jirones, borrosos y confusos, frágiles, obsesivos y tontos, empobrecidos. Ya no un movimiento de conjunto, sino cuadros aislados, ya no una unidad serena, sino una fragmentación crispada, como si aquellas imágenes nunca hubieran sido más que reflejos muy lejanos, desmesuradamente oscurecidos, centelleos alusivos, ilusorios, que se desvanecían sólo nacer, motas de polvo: la irrisoria proyección de sus deseos más torpes, una impalpable polvareda de exigüos esplendores, retazos de sueños que nunca podrían alcanzar.

Creían imaginar la dicha, creían que su invención era libre, magnífica, que, en olas sucesivas, impregnaba el universo. Creían que les bastaba andar para que su andadura fuera una dicha. Pero volvían a hallarse solos, inmóviles, un poco vacíos. Una llanura gris y helada, una estepa árida: ningún palacio se alzaba en las puertas de los desiertos, ninguna explanada les servía de horizonte.

Y de aquella especie de búsqueda desesperada de la dicha, de aquella sensación maravillosa de haber sabido casi entreverla, adivinarla por un instante, de aquel viaje extraordinario, de aquella inmensa conquista inmóvil, de aquellos horizontes despejados, de aquellos placeres presentidos, de todo lo que, quizá, había de posible bajo aquel sueño imperfecto, aquel impulso, aún torpe, embarazado, y sin embargo cargado ya, quizá, hasta el límite de lo indecible, de otras emociones, de exigencias nuevas, no quedaba nada: abrían los ojos, volvían a oír el sonido de su voz, el mascullar confuso de su interlocutor, el murmullo ronroneante del motor del magnetófono; veían, frente a ellos, al lado de un armero en el que se escalonaban las culatas patinadas y los cañones brillantes de grasa de cinco escopetas, el puzzle abigarrado del catastro, en cuyo centro reconocían, casi sin sorpresa, el cuadrilátero casi completo de la granja, el ribete gris de la pequeña carretera, los puntitos al tresbolillo de los plátanos, los trazos más marcados de las nacionales.

Y más tarde aún, estaban ellos mismos en aquella pequeña carretera gris bordeada de plátanos. Eran aquel puntito centelleante en la larga carretera negra. Eran un pequeño islote de pobreza en el gran mar de la abundancia. Miraban a su alrededor los grandes campos amarillos con las pequeñas manchas rojas de las amapolas. Se sentían aplastados.

Segunda parte

Intentaron huir.

No se puede vivir mucho tiempo en el frenesí. La tensión era demasiado fuerte en aquel mundo que prometía tanto, que no daba nada. Su impaciencia llegaba al límite. Creyeron comprender, un día, que les hacía falta un refugio.

Su vida en París se estancaba. No avanzaban ya. Y a veces se imaginaban —superándose sin cesar uno a otro con aquel lujo de detalles falsos que marcaba cada uno de sus sueños— como pequeñoburgueses de cuarenta años, él, animador de una red de ventas a domicilio (La Protección Familiar, El Jabón para los Ciegos, Los Estudiantes Necesitados), ella, buena ama de casa, y su pisito limpio, su cochecito, la pensioncita donde pasarían todas sus vacaciones, el televisor. O bien, el polo opuesto, y aún era peor, como bohemios viejos, cuellos cisne y pantalones de pana, cada noche en la misma terraza de Saint-Germain o Montparnasse, malviviendo de ocasiones raras, mezquinos hasta la punta de sus uñas negras.

Soñaban con vivir en el campo, a cubierto de toda tentación. Su vida sería frugal y límpida. Tendrían una casa de piedra blanca, a la entrada de un pueblo, pantalones de pana muy calientes, botas recias, un anorak, un bastón con contera de hierro, un sombrero, y darían cada día largos paseos por los bosques. Luego regresarían, se harían té y tostadas, como los ingleses, pondrían gruesos leños en la chimenea; colocarían en el plato del tocadiscos un cuarteto que no se cansarían de oír nunca, leerían las grandes novelas que nunca habían tenido tiempo de leer, invitarían a los amigos.

Estas perspectivas campestres eran frecuentes, pero rara vez alcanzaban el estadio de verdaderos proyectos. Es cierto que, dos o tres veces, se preguntaron qué oficios podía ofrecerles el campo: no había ninguno. Un día les pasó por la cabeza la idea de hacerse maestros, pero se hartaron enseguida, pensando en las clases saturadas, en las jornadas agotadoras. Hablaron vagamente de hacerse libreros ambulantes, o de ir a fabricar cerámica rústica en una masía abandonada de Provenza. Luego les dio por imaginar que sólo pasarían en París tres días por semana, ganando lo bastante para vivir desahogadamente el resto del tiempo en Yonne o Loiret. Pero estos embriones de huida nunca iban muy lejos. Nunca calculaban sus posibilidades o, más bien, sus imposibilidades reales.

Soñaban con abandonar su trabajo, dejarlo todo, irse a la aventura. Soñaban con partir de cero, volver a empezar todo sobre bases nuevas. Soñaban con rupturas y adioses.

La idea, no obstante, se iba abriendo paso, arraigaba lentamente en ellos. A

mediados de septiembre de 1962, a la vuelta de unas vacaciones mediocres, estropeadas por la lluvia y la falta de dinero, su decisión parecía firme. Un anuncio publicado en *Le Monde*, en los primeros días de octubre, ofrecía plazas de profesores en Tunicia. Dudaron. No era la ocasión ideal —habían soñado con la India, Estados Unidos, México—. Era una oferta mediocre, prosaica, que no prometía ni la fortuna ni la aventura. No los tentaba. Pero tenían algunos amigos en Túnez, antiguos compañeros de instituto, de facultad, y luego el calor, el Mediterráneo todo azul, la promesa de otra vida, de una verdadera marcha, de otro trabajo: decidieron apuntarse. Los admitieron.

Las verdaderas partidas se preparan con mucha antelación. Aquélla fue un fracaso. Parecía una huida. Durante quince días, corrieron de oficina en oficina, para las revisiones médicas, los pasaportes, los visados, los billetes, el equipaje. Luego, cuatro días antes del viaje, se enteraron de que a Sylvie, que tenía dos cursos de licenciatura, la destinaban al instituto técnico de Sfax, a doscientos setenta kilómetros de Túnez, y a Jérôme, que sólo había hecho los cursos comunes, le daban una plaza de maestro en Mahares, treinta y cinco kilómetros más lejos.

Era una mala noticia. Quisieron renunciar. Era a Túnez, donde los esperaban y donde tenían reservado alojamiento, adonde querían, adonde creían ir. Pero era demasiado tarde. Habían subarrendado el piso, reservado los billetes, celebrado la despedida. Desde hacía mucho tiempo se habían preparado para partir. Y además, Sfax, de la que apenas conocían el nombre, era el extremo del mundo, el desierto, y no les disgustaba pensar, con su afición tan grande a las situaciones límite, que iban a estar separados de todo, alejados de todo, aislados como no lo habían estado nunca. Con todo, estuvieron de acuerdo en que una plaza de maestro era, si no un trabajo demasiado humillante, al menos una carga demasiado pesada: Jérôme logró rescindir su contrato: un sueldo único les permitiría vivir hasta que encontrara un empleo cualquiera allí mismo.

Se fueron, pues. Los acompañaron a la estación, y el 23 de octubre por la mañana, con cuatro baúles de libros y una cama de campaña, se embarcaron en Marsella a bordo del *Commandant-Crubellier*, con destino a Túnez. El mar estaba revuelto y la comida fue mala. Se marearon, tomaron unas pastillas y durmieron profundamente. Al día siguiente se veía Tunicia. Hacía buen tiempo. Se sonrieron. Vieron una isla que les dijeron se llamaba isla Plane, luego grandes playas largas y estrechas, y, después de La Goleta, en el lago, bandadas de aves de paso.

Se sentían dichosos de haberse ido. Les parecía que salían de un infierno de metros atestados, de noches demasiado cortas, de dolores de muelas, de incertidumbres. No veían nada claro. Su vida no había sido más que una especie de danza incesante sobre una cuerda tensa, que no llevaba a nada: un apetito vacío, un deseo desnudo, sin límites y sin apoyos. Estaban agotados. Se iban para enterrarse,

para olvidar, para calmarse.

Lucía el sol. El barco avanzaba lenta, silenciosamente, por el estrecho canal. En la carretera muy cercana, algunas personas de pie en coches descubiertos les hacían grandes saludos. Había en el cielo unas nubecitas blancas inmóviles. Ya hacía calor. Las placas de la borda estaban tibias. En la cubierta, debajo de ellos, unos marineros apilaban las tumbonas, enrollaban las largas lonas alquitranadas que protegían las bodegas. Se formaban colas en las pasarelas de desembarco.

Llegaron a Sfax dos días después sobre las dos de la tarde, tras un viaje de siete horas en ferrocarril. El calor era agobiante. Frente a la estación, minúsculo edificio blanco y rosa, se abría una avenida interminable, gris de polvo, plantada de palmeras feas, bordeada de casas nuevas. Pocos minutos después de llegar el tren, una vez se fueron los escasos coches y bicicletas, la ciudad volvió a caer en un silencio total.

Dejaron las maletas en la consigna. Tiraron por la avenida, que se llamaba avenida Burguiba; llegaron, al cabo de unos trescientos metros más o menos, ante un restaurante. Un gran ventilador de pared, orientable, zumbaba de modo irregular. En las mesas pringosas, cubiertas con hule, se aglutinaban unas cuantas docenas de moscas que un mozo mal afeitado espantó agitando una servilleta con indolencia. Comieron, por doscientos francos, una ensalada con atún y una escalopa a la milanesa.

Luego buscaron un hotel, tomaron una habitación, mandaron traer las maletas. Se lavaron las manos y la cara, se echaron un rato, se cambiaron, salieron. Sylvie fue al instituto técnico, Jérôme la esperó fuera, en un banco. Hacia las cuatro, Sfax empezó lentamente a despertarse. Aparecieron centenares de niños, luego mujeres con la cara tapada, guardias vestidos de popelín gris, mendigos, carretas, asnos, burgueses inmaculados.

Sylvie salió, con el horario en la mano. Pasearon un rato más; bebieron cerveza y comieron aceitunas y almendras saladas. Vendedores callejeros de periódicos pregonaban *Le Figaro* de hacía dos días. Habían llegado.

Al día siguiente, Sylvie conoció a algunos de sus futuros compañeros. La ayudaron a encontrar piso. Eran tres habitaciones gigantescas, de techo alto, completamente desnudas: un largo pasillo llevaba a una estancia pequeña en la que cinco puertas daban a las tres habitaciones, a un cuarto de baño, a una amplia cocina. Dos balcones dominaban un pequeño puerto de pesca, la dársena A del canal sur, que ofrecía cierto parecido con Saint-Tropez, y una laguna de olores fétidos. Dieron sus primeros pasos por la ciudad árabe, compraron un somier metálico, un colchón de crin, dos butacas de caña, cuatro taburetes de cuerda, dos mesas, una estera gruesa de esparto amarillo, decorada con algunos motivos rojos.

Luego Sylvie comenzó las clases. Día tras día, se fueron instalando. Llegaron los baúles que habían viajado más despacio. Sacaron los libros, los discos, el tocadiscos, los bibelots. Fabricaron pantallas con grandes hojas de papel secante rojo, gris, verde. Compraron largas tablas mal escuadradas y ladrillos de doce agujeros, y cubrieron de estantes dos mitades de paredes. Pegaron decenas de reproducciones por todas las paredes y, en un panel muy visible, fotografías de todos los amigos.

Era una vivienda triste y fría. Las paredes demasiado altas, cubiertas con una especie de cal de color ocre amarillo que se desprendía en grandes placas, los suelos uniformemente pavimentados con grandes baldosas sin color, el espacio inútil, todo era demasiado grande, estaba demasiado desnudo para poder vivir allí. Hubieran tenido que ser cinco o seis, unos cuantos buenos amigos, bebiendo, comiendo, hablando. Pero estaban solos, perdidos. La sala de estar, con la cama de campaña cubierta con un colchón pequeño y una manta abigarrada, con la gruesa estera en la que habían esparcido unos cuantos cojines, sobre todo con los libros —la hilera de *Pléiades*, las series de revistas, los cuatro Tisé—, los bibelots, los discos, el gran portulano, *La fiesta del Carrousel*, todo lo que, no hacía tanto tiempo, había constituido el marco de su otra vida, todo lo que, en aquel universo de arena y piedra, los devolvía a la calle de Quatrefages, al árbol tanto tiempo verde, a los pequeños jardines, la sala de estar dispensaba aún cierto calor: echados boca abajo en la estera, con una minúscula taza de café turco al lado, oían la *Sonata a Kreutzer*, el *Archiduque*, *La muerte y la doncella*, y era como si la música, que, en aquella gran estancia poco amueblada, casi una sala, adquiriría una resonancia extraña, se pusiera a habitarla y la transformara de pronto: era un invitado, un amigo muy querido, perdido de vista, vuelto a encontrar por casualidad, que compartía su comida, que les hablaba de París, que, en aquella noche fresca de noviembre, en aquella ciudad extranjera donde nada les pertenecía, donde no estaban a gusto, los volvía hacia atrás, les permitía recobrar una sensación casi olvidada de complicidad, de vida en común, como si, en un estrecho perímetro —la superficie de la estera, las dos series de estantes, el tocadiscos, el círculo de luz recortado por la pantalla cilíndrica— lograra implantarse, y sobrevivir, una zona protegida en la que ni el tiempo ni la distancia podían hacer mella. Pero alrededor todo era el exilio, lo desconocido: el largo pasillo donde las pisadas sonaban demasiado fuerte, la habitación, enorme y glacial, hostil, con una cama ancha demasiado dura que olía a paja como único mueble, con la lámpara coja puesta sobre una vieja caja que hacía las veces de mesilla de noche, el cofre de mimbre lleno de ropa, el taburete repleto de prendas amontonadas; la tercera habitación inutilizada, donde no entraban nunca. Luego la escalera de piedra, el amplio zaguán perpetuamente amenazado por la arena; la calle; tres edificios de dos plantas, un cobertizo donde se secaban unas esponjas, un solar vacío; la ciudad alrededor.

Sin duda vivieron en Sfax los ocho meses más curiosos de toda su existencia.

Sfax, de la que el puerto y la ciudad europea habían sido destruidos durante la guerra, constaba de unas treinta calles trazadas perpendicularmente. Las dos principales eran la avenida Burguiba, que iba de la estación al mercado central, cerca del cual vivían, y la avenida Hedi Chaker, que iba del puerto a la ciudad árabe. Su intersección formaba el centro de la ciudad: allí se hallaban el ayuntamiento, dos de cuyas salas de la planta baja contenían algunas viejas vasijas y media docena de mosaicos, la estatua y la tumba de Hedi Chaker, asesinado por la Main Rouge³ poco antes de la Independencia, el Café de Túnez, frecuentado por los árabes, y el Café de la Regencia, frecuentado por los europeos, un pequeño parterre de flores, un quiosco de periódicos, un estanco.

En poco más de un cuarto de hora se daba la vuelta a la ciudad europea. El instituto técnico se hallaba a tres minutos de la casa en que vivían, el mercado a dos, el restaurante donde comían a cinco, el Café de la Regencia a seis, igual que el banco, la biblioteca municipal y seis de los siete cines de la población. La oficina de correos y la estación, y la parada de coches de alquiler para Túnez o Gabes, estaban a menos de diez minutos, y constituían los límites extremos de lo que bastaba conocer para vivir en Sfax.

La ciudad árabe, fortificada, vieja y bella, ofrecía murallas pardas y puertas que, con razón, se decían admirables. A menudo penetraban en ella, y la convertían en objetivo casi único de todos sus paseos, pero precisamente por no ser más que paseantes nunca pasaron de ser unos extraños. No entendían sus mecanismos más sencillos, no veían más que un dédalo de calles; alzando la cabeza, admiraban un balcón de hierro forjado, una viga pintada, la pura ojiva de una ventana, un juego sutil de sombras y luces, una escalera de una estrechez extrema, pero sus paseos carecían de objetivo; daban vueltas, temían perderse a cada instante, se cansaban pronto. En definitiva, nada los atraía en aquella sucesión de tenderetes miserables, de almacenes casi idénticos, de zocos confinados, en aquella incomprensible alternancia de calles hormigueantes y calles vacías, en aquella muchedumbre que no veían ir a ninguna parte.

Este sentirse extraños se acentuaba, se hacía casi opresivo cuando, teniendo por delante largas tardes vacías, domingos exasperantes, cruzaban la ciudad árabe de parte a parte, y, más allá de Bab Djebli, llegaban a los interminables arrabales de Sfax. Durante kilómetros se sucedían huertos minúsculos, setos de nopales, casas de adobes, barracas de plancha y cartón; y luego inmensas lagunas desiertas y pútridas, y, al final de todo, los primeros olivares. Andaban horas enteras; pasaban por delante de los cuarteles, cruzaban descampados, terrenos cenagosos.

Y cuando entraban de nuevo en la ciudad europea, cuando pasaban por delante del cine Hillal o por delante del cine Nur, cuando se sentaban en La Regencia, daban

unas palmadas para llamar al camarero, pedían una Coca-Cola o una cerveza, compraban el último *Le Monde*, silbaban al vendedor ambulante eternamente vestido con una larga blusa blanca y sucia, tocado con un gorro de tela, para comprarle unos cucuruchos de cacahuets, almendras tostadas, pistachos y piñones, entonces experimentaban la sensación melancólica de estar en su tierra. Andaban junto a las palmeras grises de polvo; bordeaban las fachadas neomoriscas de las casas de la avenida Burguiba; echaban una vaga ojeada a los escaparates horrendos: muebles frágiles, lámparas de hierro forjado, mantas eléctricas, cuadernos para escolares, trajes de calle, zapatos de señora, bombonas de butano: era su único mundo, su verdadero mundo. Regresaban arrastrando los pies; Jérôme hacía café en zazuas importadas de Checoslovaquia; Sylvie corregía ejercicios.

Al principio, Jérôme había tratado de encontrar trabajo; varias veces había ido a Túnez y gracias a unas cuantas cartas de recomendación que había obtenido en Francia, y a la ayuda de sus amigos tunecinos, visitó a algunos funcionarios en Información, en la Radio, en Turismo, en Educación Nacional. Fue tiempo perdido: los estudios de motivación no existían en Tunicia, ni las medias jornadas, y las pocas sinecuras ya estaban bien repartidas; Jérôme carecía de títulos; no era ni ingeniero, ni contable, ni dibujante industrial, ni médico. Volvieron a ofrecerle una plaza de maestro o de ayudante; no le interesaba; abandonó muy pronto toda esperanza. El sueldo de Sylvie les permitía ir tirando: en Sfax era el tipo de vida más frecuente.

Sylvie se mataba por hacer entender, de acuerdo con el programa, las bellezas ocultas de Malherbe y Racine a unos alumnos mayores que ella que no sabían escribir. Jérôme perdía el tiempo. Inició varios proyectos —preparar un examen de sociología, tratar de ordenar sus ideas sobre el cine— que no supo llevar a cabo. Vagaba por las calles, calzado con sus Weston, recorría el puerto, erraba por el mercado. Iba al museo, intercambiaba algunas palabras con el vigilante de la sala, miraba unos instantes una vieja ánfora, una inscripción funeraria, un mosaico: Daniel en el foso de los leones, Anfritrite cabalgando un delfín. Iba a ver un partido de tenis en las pistas instaladas al pie de las murallas, cruzaba la ciudad árabe, paseaba por los zocos, sopesando las telas, los cobres, las sillas de montar. Compraba todos los periódicos, hacía los crucigramas, sacaba libros de la biblioteca, escribía unas cartas un poco tristes a los amigos, que a menudo quedaban sin respuesta.

El horario de Sylvie marcaba el ritmo de su vida. Su semana se componía de días fastos: los lunes porque no tenía clase por la mañana y porque cambiaban los programas de los cines, los miércoles porque no tenía clase por la tarde, los viernes porque tenía fiesta todo el día y porque cambiaban de nuevo los programas; y de días nefastos: los demás. Los domingos eran días neutros, agradables por la mañana —se quedaban en la cama, llegaban los semanarios de París—, largos por la tarde, siniestros por la noche, a no ser que, por casualidad, los atrajese una película, pero era

raro que, en la misma media semana, pusieran dos películas destacables, o simplemente visibles. Así pasaban las semanas. Se sucedían con una regularidad mecánica: cuatro semanas sumaban un mes, o casi; los meses eran todos parecidos. Los días, después de haber sido cada vez más cortos, se hicieron cada vez más largos. El invierno era húmedo, casi frío. Su vida se escurría.

Su soledad era total.

Sfax era una ciudad opaca. Ciertos días les parecía que nadie podría penetrar nunca en ella. Las puertas no se abrían nunca. Había gente en las calles, al atardecer, multitudes compactas que iban y venían, una riada casi continua bajo los soportales de la avenida Hedi Chaker, delante del Hotel Mabrouk, delante del Centro de Propaganda del Destur, delante del cine Hillal, delante de la pastelería Las Delicias: locales públicos llenos casi de bote en bote: cafés, restaurantes, cines; caras que a ratos podían parecer casi familiares. Pero alrededor, a lo largo del puerto, a lo largo de las murallas, apenas se alejaba uno, se hallaba el vacío, la muerte: la inmensa explanada cubierta de arena delante de la horrible catedral, rodeada de palmeras enanas; el bulevar de Picville, bordeado de solares vacíos, de casas de dos plantas; la calle Mangolte, la calle Fezzani, la calle Abd-el-Kader-Zghal, desnudas y desiertas, negras y rectilíneas, barridas por la arena. El viento sacudía las palmeras raquílicas: troncos hinchados de escamas leñosas, de donde emergían apenas unas palmas formando abanico. Multitudes de gatos se deslizaban en los cubos de la basura. Un perro de pelo amarillo pasaba a veces, pegado a las paredes, con el rabo entre las piernas.

No había alma viviente: tras las puertas siempre cerradas, nada más que pasillos desnudos, escaleras de piedra, patios ciegos. Sucesiones de calles perpendiculares, cierres metálicos, empalizadas, un mundo de falsas plazas, de falsas calles, de avenidas fantasmagóricas. Andaban silenciosos, desorientados, y a veces les parecía que todo no era más que ilusión, que Sfax no existía, no respiraba. Buscaban a su alrededor señales de connivencia. Nada les respondía. Era una sensación casi dolorosa de aislamiento. Estaban desposeídos de aquel mundo, no vivían inmersos en él, no le pertenecían y nunca le pertenecerían. Como si, de una vez para siempre, se hubiera decretado una orden muy antigua, una regla estricta que los excluía: los dejarían ir a donde quisieran, no los molestarían, no les dirigirían la palabra. Seguirían siendo unos desconocidos, unos extraños. Los italianos, los malteses, los griegos del puerto los mirarían pasar en silencio; los grandes oleicultores, vestidos de blanco, con sus gafas con montura de oro, andando con paso lento por la calle del Bey, seguidos de su criado, pasarían por su lado sin verlos.

Con los compañeros de Sylvie sólo tenían relaciones lejanas, y a menudo distantes. Los titulares franceses parecían no apreciar del todo a los contratados. Incluso aquellos a quienes no molestaba esta diferencia le perdonaron más difícilmente a Sylvie que no estuviera moldeada a su imagen: hubieran querido que fuera esposa de profesor y profesora a su vez, buena pequeñoburguesa provinciana, con dignidad, decoro, cultura. Representaban a Francia. Y aunque en cierto modo

había aún dos Francias —la de los profesores principiantes, deseosos de adquirir cuanto antes una casita en Angulema, Béziers o Tarbes; y la de los insumisos o refractarios, que no cobraban el tercio colonial pero podían despreciar a los otros (aunque era una especie en vías de extinción; la mayoría habían sido indultados; otros iban a instalarse a Argelia, a Guinea)—, ninguna de las dos parecía dispuesta a admitir que estuviera permitido sentarse, en el cine, en primera fila, al lado de la chiquillería indígena, o andar ganduleando por las calles, en chancletas, sin afeitarse, desaliñado. Hubo algunos intercambios de libros, de discos, alguna discusión en La Regencia, y eso fue todo. Ninguna invitación entusiasta, ninguna amistad vivaz: era algo que no se daba en Sfax. La gente se encogía en sí misma, en su casa demasiado grande para ella.

Con los otros, con los empleados franceses de la Compañía Sfax-Gafsa o de los Petróleos, con los musulmanes, con los judíos, con los *pieds-noirs*,⁴ era aún peor: los contactos eran imposibles. A veces, durante una semana entera no hablaban con nadie.

Pronto pudo parecer que todo indicio de vida se detenía ante ellos. Pasaba el tiempo, inmóvil. Ya nada los unía al mundo, como no fueran los periódicos siempre demasiado atrasados, de los que ni siquiera podían asegurar que no fueran sino mentiras piadosas, recuerdos de una vida anterior, reflejos de otro mundo. Siempre habían vivido en Sfax y allí vivirían siempre. Ya no tenían proyectos, impaciencia; no esperaban nada, ni siquiera vacaciones siempre demasiado lejanas, ni siquiera un regreso a Francia.

No experimentaban ni alegría, ni tristeza, ni siquiera tedio, pero a veces se preguntaban si existían aún, si existían de veras: no sacaban de esta pregunta decepcionante ninguna satisfacción particular, salvo un matiz: en ocasiones les parecía confusa, oscuramente, que aquella vida era normal, adecuada y, paradójicamente, necesaria: estaban en el corazón del vacío, estaban instalados en una tierra de nadie de calles rectilíneas, arena amarilla, lagunas, palmeras grises, en un mundo que no entendían, que no trataban de entender, pues nunca, en su vida pasada, se habían preparado para tener que adaptarse, transformarse, moldearse, un día, con arreglo a un paisaje, un clima, un modo de vida: ni por un instante Sylvie se pareció a la profesora que se suponía que era, y Jérôme, deambulando por las calles, podía dar la impresión de haberse llevado su patria, o más bien su barrio, su gueto, su suburbio, en la suela de sus zapatos ingleses; pero la calle Larbi Zaruk, donde se habían alojado, ni siquiera tenía la mezquita que constituye la gloria de la calle de Quatrefages, y en cuanto a lo demás, por más que se esforzaran a veces en imaginárselos, no había en Sfax ni MacMahon, ni Harry's Bar, ni Balzar, ni Contrescarpe, ni Salle Pleyel, ni *Orillas del Sena una noche de junio*, pero en aquel vacío, precisamente a causa de aquel vacío, a causa de aquella ausencia de todo,

aquella vacuidad fundamental, aquella zona neutra, aquella tabla rasa, les parecía que se purificaban, que hallaban una simplicidad mayor, una verdadera modestia. Y, al fin y al cabo, en medio de la pobreza general de Tunicia, su propia miseria, su relativa estrechez de individuos civilizados acostumbrados a las duchas, a los coches, a las bebidas heladas, tenía poco sentido.

Sylvie daba sus clases, preguntaba a los alumnos, corregía ejercicios. Jérôme iba a la biblioteca municipal, leía libros al azar: Borges, Troyat, Zeraffa. Comían en un pequeño restaurante, casi todos los días en la misma mesa: ensalada de atún, escalopa rebozada, o pinchos morunos, o lenguado dorado, fruta. Iban a La Regencia a tomarse un café acompañado de un vaso de agua fresca. Leían un montón de periódicos, veían películas, paseaban por las calles.

Su vida era como una prolongada costumbre, como un aburrimiento casi sereno: una vida sin nada.

A partir del mes de abril, hicieron algunos viajes cortos. A veces, cuando tenían tres o cuatro días libres y no andaban muy apurados de dinero, alquilaban un coche y se iban hacia el sur. O bien, el sábado, a las seis de la tarde, un taxi colectivo los llevaba a Susa o a Túnez hasta el lunes a mediodía.

Trataban de huir de Sfax, de sus calles tristes, de su vaciedad, y hallar, en los panoramas, en los horizontes, en las ruinas, algo que los deslumbrara, que los emocionara, esplendores cálidos que los vengaran. Los restos de un palacio, de un templo, de un teatro, un oasis verde descubierto desde lo alto de un peñón, una larga playa de arena fina extendida en semicírculo de un extremo al otro del horizonte los recompensaban a veces de su búsqueda. Pero la mayoría de las veces, sólo salían de Sfax para encontrar, unas decenas o centenas de kilómetros más lejos, las mismas calles tristes, los mismo zocos tumultuosos e incomprensibles, las mismas lagunas, las mismas palmeras feas, la misma aridez.

Vieron Gabes, Tozeur, Nefta, Gafsa y Metlaoui, las ruinas de Sbeitla, de Kasserine, de Thelepte: cruzaron ciudades muertas cuyos nombres, antaño, les habían resultado encantadores: Mahares, Moulares, Matmata, Medenine; se acercaron hasta la frontera libia.

Era, en muchos kilómetros, una tierra pedregosa y gris, inhabitable. No crecía nada, salvo raquílicas matas de hierbas casi amarillas, de tallos acerados. Les parecía que circulaban durante horas, en medio de una nube de polvo, a lo largo de una carretera que sólo antiguas roderas o huellas medio borradas de neumáticos les permitían distinguir, sin más horizonte que blandas colinas grisáceas, sin encontrar nada, salvo de vez en cuando un esqueleto de asno, un viejo bidón oxidado, un montón de piedras medio desmoronado que quizá había sido una casa.

O bien, a lo largo de una carretera jalonada, pero hundida a trechos y casi peligrosa, cruzaban chotts inmensos, y había, a cada lado, hasta perderse de vista, una costra blancuzca que brillaba bajo el sol, suscitando en el horizonte centelleos fugitivos que en ciertos momentos casi se parecían a espejismos, a olas que se rompían, a murallas almenadas. Paraban el coche y daban unos pasos. Bajo la costra de sal se ocultaban, aquí y allá, unas placas de arcilla seca agrietadas, de un color pardo claro, dando lugar a zonas más oscuras de barro compacto, elástico, donde casi se hundían los pies.

Camellos pelados que se enredaban en sus trabas, arrancaban con grandes cabezadas las hojas de un árbol curiosamente torcido, tendían hacia la carretera su bello estúpido, perros sarnosos, medio salvajes, que corrían en círculo, muros hundidos de piedra seca, cabras de largo pelaje negro, tiendas de campaña bajas hechas con mantas remendadas anunciaban los pueblos y las ciudades: una larga

sucesión de casas cuadradas, sin pisos, fachadas de un blanco sucio, la torre cuadrada de un minarete, la cúpula de un morabito. Adelantaban a un campesino que trotaba junto a su asno, paraban frente al único hotel.

En cuclillas al pie de la pared, tres hombres comían pan que mojaban con un poco de aceite. Corrían unos niños. Una mujer, enteramente tapada con un velo negro o violeta que le cubría hasta los ojos, se deslizaba a veces de una casa a la otra. Las terrazas de los dos cafés ocupaban buena parte de la calle. Un altavoz transmitía música árabe: modulaciones estridentes, cien veces remachadas, repetidas en coro, letanías de una flauta de sonido agrio, ruidos de matraca de las panderetas y cítaras. Unos hombres sentados, a la sombra, bebían vasitos de té, jugaban al dominó.

Bordeaban enormes aljibes y, por un camino difícil, llegaban a las ruinas: cuatro columnas de siete metros de altura, que ya no sostenían nada, casas derruidas cuya planta permanecía intacta, con la huella embaldosada de cada estancia hundida en el suelo, graderías discontinuas, sótanos, calles adoquinadas, restos de alcantarillas. Y unos pretendidos guías les ofrecían pececitos de plata, monedas patinadas, pequeñas estatuillas de terracota.

Luego, antes de marcharse, entraban en los mercados, en los zocos. Se perdían en el dédalo de las galerías, los callejones sin salida y los pasajes. Un barbero afeitaba al aire libre, al lado de un enorme amontonamiento de botijos. Un asno iba cargado con dos serones cónicos de cuerda trenzada llenos de pimentón. En el zoco de los orfebres, en el zoco de las telas, vendedores descalzos, sentados en el suelo sobre pilas de mantas, extendían ante sí alfombras de gruesa lana y alfombras de lana fina, les ofrecían albornoces de lana roja, almalafas de lana y de seda, sillas de montar de cuero bordadas de plata, fuentes de cobre repujado, maderas labradas, armas, instrumentos de música, alhajas pequeñas, chales bordados de oro, vitelas decoradas con grandes arabescos.

No compraban nada. Sin duda, en parte, porque no sabían y les preocupaba tener que regatear, pero, sobre todo, porque no los atraía nada. Ninguno de aquellos objetos, por muy suntuosos que a veces fueran, les daba una impresión de riqueza. Pasaban, divertidos o indiferentes, pero todo lo que veían les resultaba extraño, pertenecía a otro mundo, no les concernía. Y de aquellos viajes sólo se llevaban imágenes de vacío, de sequía: páramos desolados, estepas, lagunas, un mundo mineral en el que no podía crecer nada: el mundo de su propia soledad, de su propia aridez.

Sin embargo, fue en Tunicia donde vieron un día la casa de sus sueños, la más bella de las mansiones. Fue en Hammamet, en casa de un matrimonio inglés de cierta edad que repartía su tiempo entre Tunicia y Florencia y para el que la hospitalidad parecía haberse convertido en el único medio de no morir de aburrimiento los dos solos. Había, además de Jérôme y Sylvie, una buena docena de invitados. El ambiente

era fútil y hasta a menudo exasperante; pequeños juegos de sociedad, partidas de bridge, de canasta, alternaban con conversaciones un poco esnobs, en las que chismes recientes venidos directamente de las capitales occidentales daban lugar a comentarios sagaces y a menudo decisivos (el hombre me gusta mucho y lo que hace está muy bien...).

Pero la casa era un paraíso terrenal. En el centro de un gran parque que bajaba suavemente hacia una playa de arena fina, una construcción antigua, de estilo local, bastante pequeña, de una sola planta, se había ido desarrollando año tras año, se había convertido en el sol de una constelación de pabellones de todas las dimensiones y estilos, glorietas, morabitos, bungalows, rodeados de galerías, diseminados por todo el parque y unidos entre sí por pasadizos enrejados. Había una sala octogonal, sin más abertura que una puerta pequeña y dos estrechas aspilleras, de paredes gruesas enteramente cubiertas de libros, oscura y fresca como una tumba; había aposentos minúsculos, enjalbegados como celdas de monjes, con dos butacas saharianas y una mesa baja como únicos muebles; otros largos, bajos y estrechos, tapizados con recias esteras, otros aún, amueblados a la inglesa, con banquetas de vano y chimeneas monumentales flanqueadas por dos divanes uno frente a otro. En los jardines, entre los limoneros, los naranjos, los almendros, serpenteaban avenidas de mármol blanco bordeadas por fragmentos de columnas, estatuas antiguas. Había arroyos y cascadas, grutas de rocalla, estanques cubiertos por grandes nenúfares blancos entre los que se deslizaban a veces las estrías plateadas de los peces. Paseaban libremente pavos reales, como en sus sueños. Porches invadidos por las rosas llevaban a nidos de follaje.

Pero, sin duda, era demasiado tarde. Los tres días que pasaron en Hammamet no sacudieron su torpor. Les pareció que aquel lujo, aquella holgura, aquella profusión de cosas ofrecidas, aquella evidencia inmediata de la belleza no los concernía ya. Habrían vendido su alma, en otro tiempo, por los azulejos de los cuartos de baño, por los surtidores de los jardines, por la moqueta escocesa del gran vestíbulo, por los paneles de roble de la biblioteca, por las vasijas de loza, por los jarrones, por las alfombras. Los saludaron como un recuerdo, no se habían vuelto insensibles a ellos, pero no los entendían ya; les faltaban los puntos de referencia. Era sin duda en aquella Tunicia, la Tunicia cosmopolita de prestigiosos vestigios, de clima agradable, de vida pintoresca y animada, donde les habría sido más fácil instalarse. Aquélla era sin duda la vida que habían soñado para ellos: pero sólo habían llegado a ser sfaxienses, provincianos, exiliados.

Mundo sin recuerdos, sin memoria. Pasó más tiempo, días y semanas desérticos, que no contaban. No tenían ganas de nada. Mundo indiferente. Llegaban trenes, atracaban barcos en el puerto, desembarcaban máquinas herramientas, medicamentos, cojinetes de bolas, cargaban fosfatos, aceite. Camiones cargados de paja cruzaban la

ciudad, iban hacia el sur donde reinaba el hambre. Su vida proseguía, idéntica: horas de clase, cafés en La Regencia, viejas películas por la noche, periódicos, crucigramas. Eran como sonámbulos. No sabían ya qué querían. Lo habían perdido todo.

Les parecía ahora que, antaño —y ese antaño retrocedía cada vez más en el tiempo, como si su historia anterior se hundiera en la leyenda, en lo irreal o lo informe—, antaño, habían tenido al menos el frenesí de tener. Esta exigencia, a menudo, les había servido de existencia. Se habían sentido abocados hacia adelante, impacientes, devorados de deseos.

¿Y luego? ¿Qué habían hecho? ¿Qué había pasado?

Algo parecido a una tragedia tranquila, muy suave, se instalaba en el corazón de su vida apagada. Andaban perdidos entre los escombros de un sueño muy viejo, entre restos sin forma.

No quedaba nada. Llegaban al fin de todo, al término de aquella trayectoria ambigua que había sido su vida durante seis años, al término de aquella búsqueda indecisa que no los había llevado a ninguna parte, que no les había enseñado nada.

Epílogo

Todo habría podido seguir así. Habrían podido quedarse allí toda la vida. Jérôme, a su vez, habría aceptado una plaza. No habrían carecido de dinero. Al final, les habrían concedido el traslado a Túnez. Habrían hecho nuevas amistades. Habrían comprado un coche. Habrían tenido, en La Marsa, en Sidi bu Said, en El Manza, una hermosa villa, un gran jardín.

Pero no les será tan fácil librarse de su historia. El tiempo, una vez más, trabajará por ellos. Terminará el curso. El calor se hará delicioso. Jérôme se pasará los días en la playa y Sylvie, acabadas las clases, irá a reunirse con él. Llegarán los exámenes finales. Sentirán acercarse las vacaciones. Echarán de menos París, la primavera en las orillas del Sena, su árbol lleno de flores, los Champs-Élysées, la plaza de Les Vosges. Se acordarán, con emoción, de su libertad tan querida, de sus mañanitas en la cama, de sus cenas con velas. Y algún amigo les mandará proyectos de veraneo: una casa grande en Turena, una buena mesa, jiras campestres:

—¿Y si volviéramos? —dirá uno.

—Todo podría ser como antes —dirá él otro.

Harán las maletas. Recogerán los libros, los grabados, las fotografías de los amigos, tirarán un sinfín de papeles, darán a unos y otros los muebles, las tablas irregulares, los ladrillos de doce agujeros, facturarán los baúles. Contarán los días, las horas, los minutos.

Para sus últimas horas sfaxienses, repetirán, gravemente, su paseo ritual. Cruzarán el mercado central, bordearán un instante el puerto, admirarán, como cada día, las enormes esponjas secándose al sol, pasarán frente a la salchichería italiana, el Hotel de los Olivos, la biblioteca municipal, luego, volviendo sobre sus pasos por la avenida Burguiba, bordearán la catedral horrenda, se desviarán delante del instituto donde, por última vez, saludarán, como cada día, al señor Michri, el conserje, que irá y vendrá ante la entrada, tomarán la calle Victor Hugo, pasarán por última vez frente a su restaurante familiar, frente a la iglesia griega. Luego entrarán en la ciudad árabe por la puerta de la Kasba, tirarán por la calle Bab Djedid y después por la calle del Bey, saldrán por la puerta Bab Diwan, se dirigirán a los soportales de la avenida Hedi Chaker, pasarán por el teatro, los dos cines, el banco, tomarán un último café, en La Regencia, comprarán los últimos cigarrillos, los últimos periódicos.

Dos minutos más tarde, montarán en un 403 de alquiler listo para partir. Sus maletas llevarán un buen rato atadas al techo. Estrecharán contra el corazón el dinero, los pasajes del barco y los billetes del tren, los resguardos de facturación.

El coche arrancará lentamente. A las cinco y media de la tarde, a comienzos de verano, Sfax será realmente una ciudad muy bella. Sus edificios inmaculados centellearán bajo el sol. Las torres y las murallas almenadas de la ciudad árabe

tendrán un porte majestuoso. Unos boy-scouts, vestidos de rojo y blanco, pasarán con paso cadencioso. Grandes banderas, rojas con la media luna blanca de Tunicia, verdes y rojas de Argelia, flotarán en el viento ligero.

Habrá un trozo de mar, todo azul, grandes obras en construcción, los interminables suburbios atestados de asnos, niños, bicicletas, luego los interminables olivares. Luego la carretera: Sakietes Zit, El Djem y su anfiteatro. Msaken, la ciudad de los malos ladrones, Susa y su fachada marítima superpoblada, Enfidaville y sus inmensos olivares, Bir bu Rekba y sus cafés, su fruta, su alfarería, Grombalia, Potinville, con sus viñas que invaden las colinas, Hamman Lif, luego un trozo de autopista, suburbios industriales, fábricas de jabón, de cemento: Túnez.

Se bañarán mucho rato en Cartago, en medio de las ruinas, en La Marsa; irán hasta Utica, hasta Kelibia, hasta Nabeul, donde comprarán cerámica, hasta La Goleta donde, a altas horas de la noche, comerán doradas extraordinarias.

Y una mañana, a las seis, estarán en el puerto. Las operaciones de embarque serán largas y fastidiosas; les costará encontrar sitio, en cubierta, para instalar sus tumbonas.

La travesía resultará fácil. En Marsella se tomarán un café con leche acompañado de croissants. Comprarán *Le Monde* de la víspera y *Libération*. En el tren, el ruido de las ruedas ritmará cantos de victoria, el *Aleluya* de *El Mesías*, himnos triunfales. Contarán los kilómetros; se extasiarán ante la campiña francesa, sus grandes trigales, sus verdes bosques, sus pastizales, sus valles.

Llegarán a las once de la noche. Los esperarán todos los amigos. Se extasiarán por su buen aspecto; estarán morenos como grandes viajeros, y llevarán grandes sombreros de paja trenzada. Hablarán de Sfax, el desierto, las ruinas magníficas, la vida barata, el mar todo azul. Los llevarán al Harry's. Se emborracharán enseguida. Serán felices.

Regresarán, pues, y será peor. Encontrarán la calle de Quatrefages, su árbol tan hermoso, y el pisito pequeño, tan encantador, con su techo bajo, con su ventana de cortinas rojas y su ventana de cortinas verdes, sus queridos viejos libros, sus pilas de periódicos, su cama estrecha, su cocina minúscula, su desorden.

Volverán a ver París y será una verdadera fiesta. Pasearán a lo largo del Sena, por los jardines del Palais-Royal, por las callecitas de Saint-Germain. Y cada noche, en las calles iluminadas, cada escaparate será de nuevo una maravillosa incitación. Habrá puestos repletos de vituallas. Se apresurarán por entre el gentío de los grandes almacenes. Hundirán las manos en los montones de sedas, acariciarán los pesados frascos de perfume, tocarán las corbatas.

Intentarán vivir como antes. Reanudarán los contactos con las agencias de antaño. Pero la magia se habrá esfumado. De nuevo se asfixiarán. Creerán morir de estrechez, de exigüedad.

Soñarán con la fortuna. Mirarán por el suelo con la esperanza de encontrarse una cartera llena, un billete de banco, una moneda de cien francos, un ticket de metro.

Soñarán con huir al campo. Soñarán con Sfax.
No aguantarán mucho tiempo.

Entonces un día —¿no habían sabido siempre que vendría ese día?—, decidirán acabar, de una vez para siempre, como los otros. Sus amigos, enterados, les buscarán trabajo. Los recomendarán a varias agencias. Escribirán, llenos de esperanza, *curriculum vitae* cuidadosamente estudiados. La suerte —pero no será exactamente una suerte— los acompañará. Pese a su irregularidad, sus hojas de servicios recibirán una atención particular. Los convocarán. Sabrán encontrar las palabras necesarias para gustar.

Y será así como después de unos años de vida vagabunda, cansados de no tener dinero, cansados de contar y de echarse en cara el contar, Jérôme y Sylvie aceptarán —quizá con gratitud— el doble empleo responsable, acompañado de una remuneración que podrá, con rigor, pasar por un chollo, que les ofrecerá un magnate de la publicidad.

Irán a Burdeos a hacerse cargo de la dirección de una agencia. Prepararán meticulosamente el viaje. Arreglarán el piso, lo pintarán, quitarán los montones de libros, los fardos de ropa, las pilas de vajilla que lo habían abarrotado siempre y bajo los cuales, muy a menudo, habían creído ahogarse. Y errarán, casi sin reconocerla, por aquella morada en la que tantas veces habían dicho que todo era imposible, y más que nada errar. La verán, por vez primera, tal como habrían querido verla siempre, por fin pintada, deslumbrante de blancura, de limpieza, sin una sola mota de polvo, sin manchas, sin grietas, sin desgarrones, con su techo bajo, su patio campesino, su árbol admirable ante el cual, muy pronto, como antaño ellos mismos, irán a extasiarse futuros compradores.

Venderán los libros a los libreros de ocasión, las ropas a los ropavejeros. Acudirán a sastres, modistas, camiseras. Prepararán los baúles.

No será realmente la fortuna. No serán presidentes directores generales. No manejarán más que millones ajenos. A ellos les dejarán algunas migajas, para el standing, para las camisas de seda, para los guantes de pecarí ahumado. Tendrán buena presencia. Vivirán bien, comerán bien, vestirán bien. No echarán nada de menos.

Tendrán su diván Chesterfield, sus sillones de piel natural blandos y con clase como asientos de coche italiano, sus mesas rústicas, sus atriles, sus moquetas, sus alfombras de seda sus librerías de roble claro.

Tendrán las estancias inmensas y vacías, claras, los pasillos espaciosos, las paredes de vidrio, las vistas aseguradas. Tendrán vajilla de loza, cubertería de plata, manteles de encaje, ricas encuadernaciones de piel roja.

No tendrán treinta años. Tendrán toda la vida por delante.

Saldrán de París a principios de septiembre. Estarán casi solos en un coche de primera. Casi enseguida, el tren cogerá velocidad. El coche de aluminio se mecerá suavemente.

Se irán. Lo dejarán todo. Huirán. Nada habrá podido retenerlos.

«¿Te acuerdas?», dirá Jérôme. Y evocarán el tiempo pasado, los días sombríos, su juventud, sus primeros encuentros, las primeras encuestas, el árbol en el patio de la calle de Quatrefages, los amigos desaparecidos, las comidas fraternales. Se verán cruzando París en busca de cigarrillos, y parándose ante los anticuarios. Resucitarán los viejos días de Sfax, su muerte lenta, su retorno triunfal. «Y ahora, ya ves», dirá Sylvie. Y eso les parecerá casi natural.

Se sentirán a gusto con sus ropas ligeras. Se relajarán en el compartimiento desierto. Desfilará la campiña francesa. Mirarán en silencio los grandes trigales maduros, las armazones desnudas de las torres de alta tensión. Verán manufacturas de harina, fábricas casi coquetas, extensas colonias de vacaciones, embalses, casitas aisladas en medio de calveros. Correrán niños por una carretera blanca.

El viaje será agradable mucho tiempo. Hacia las doce, se dirigirán, con paso indolente, hacia el coche restaurante. Se instalarán junto a una ventana, frente a frente. Pedirán dos whiskies. Se mirarán, una última vez, con una sonrisa cómplice. La mantelería glaseada, los cubiertos macizos, grabados con el escudo de Wagons-Lits, los platos recios blasonados parecerán el preludio de un festín suntuoso. Pero la comida que les servirán será francamente insípida.

El medio forma parte de la verdad, tanto como el resultado. Es preciso que la búsqueda de la verdad sea a su vez verdadera; la búsqueda verdadera es la verdad desplegada, cuyos miembros dispersos se reúnen en el resultado.

KARL MARX



GEORGES PEREC nació en París en 1938 y falleció en 1982. Sociólogo de formación, colaborador de numerosas revistas literarias, obtuvo el premio Renaudot con su primera novela, *Las cosas*. Personalidad ecléctica, fue ensayista, documentalista en neurofisiología, dramaturgo, guionista de cine, poeta, experto en acrósticos, crucigramas, lipogramas y anagramas, traductor y *last but not least* miembro fundamental del OuLiPo (*Ouvroir de Littérature Potentielle*), fundado por Raymond Queneau y el matemático François Le Lionnais. Su obra monumental *La vida instrucciones de uso* ganó el premio Médicis en 1978, y confirmó que Georges Perec, «el oficiante de las Mil y una noches de nuestros días» (Gilbert Lascault), era «una de las personalidades literarias más singulares del mundo, un escritor radicalmente distinto a cualquier otro» (Italo Calvino).

Notas

[1] *Habitations à loyer modéré*. Bloque de pisos de alquiler reducido. (N. del T.) <<

[2] Queso que se produce en el este de Francia. (*N. del T.*) <<

[3] Movimiento de extrema derecha. (*N. del T.*) <<

[4] Franceses de Argelia. (*N. del T.*) <<